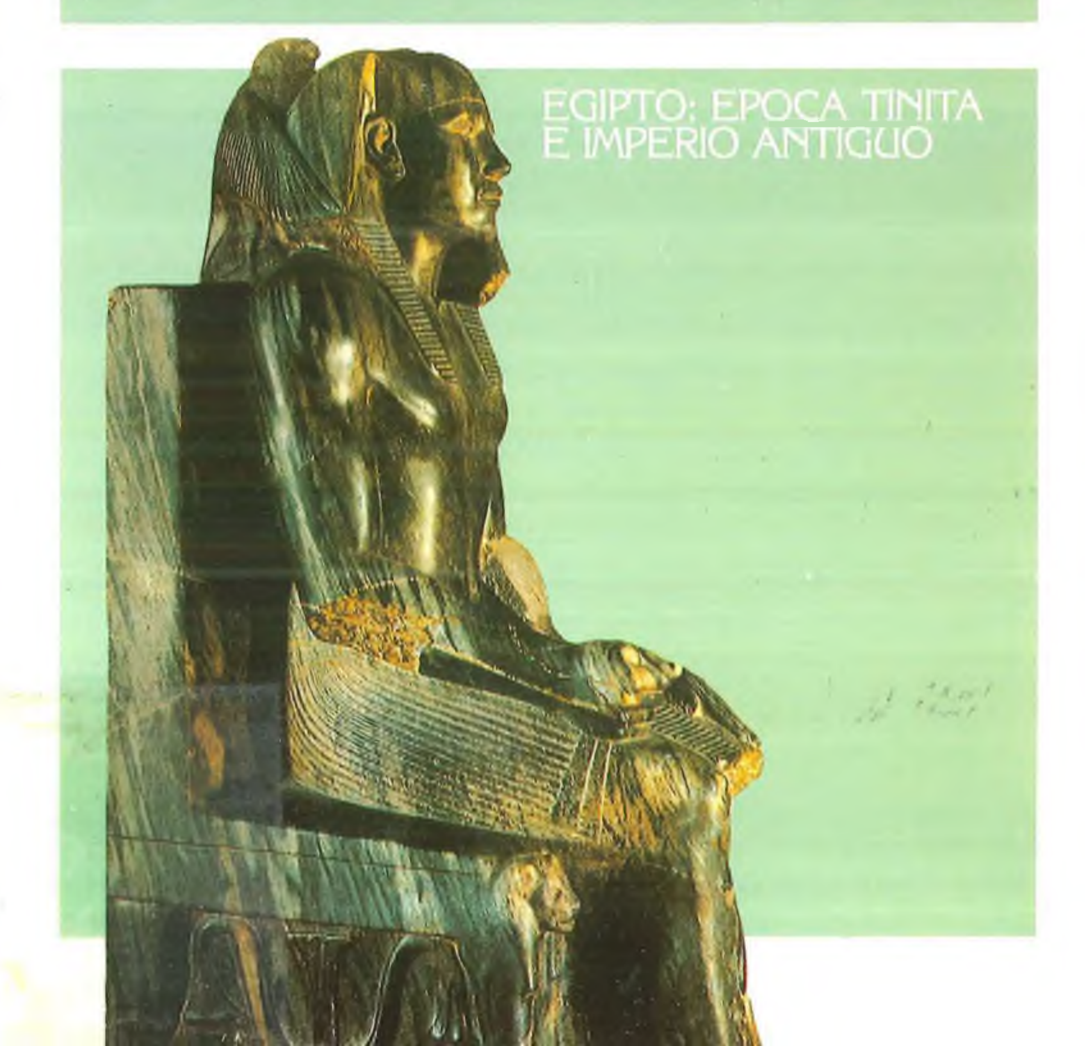
AKAL

HISTORIA DEL MVNDO ANTIGVO

2

ORIENTE

EGIPTO: EPOCA TINITA E IMPERIO ANTIGUO





Esta historia, obra de un equipo de cuarenta profesores de varias universidades españolas, pretende ofrecer el último estado de las investigaciones y, a la vez, ser accesible a lectores de diversos niveles culturales. Una cuidada selección de textos de autores antiguos, mapas, ilustraciones, cuadros cronológicos y orientaciones bibliográficas hacen que cada libro se presente con un doble valor, de modo que puede funcionar como un capítulo del conjunto más amplio en el que está inserto o bien como una monografía. Cada texto ha sido redactado por el especialista del tema, lo que asegura la calidad científica del proyecto.

ORIENTE

1. **A. Caballos-J. M. Serrano,** *Sumer y Akkad.*
2. **J. Urruela,** *Egipto: Epoca Tinita e Imperio Antiguo.*
3. **C. G. Wagner,** *Babilonia.*
4. **J. Urruela,** *Egipto durante el Imperio Medio.*
5. **P. Sáez,** *Los hititas.*
6. **F. Presedo,** *Egipto durante el Imperio Nuevo.*
7. **J. Alvar,** *Los Pueblos del Mar y otros movimientos de pueblos a fines del II milenio.*
8. **C. G. Wagner,** *Asiria y su imperio.*
9. **C. G. Wagner,** *Los fenicios.*
10. **J. M. Blázquez,** *Los hebreos.*
11. **F. Presedo,** *Egipto: Tercer Período Intermedio y Epoca Saita.*
12. **F. Presedo, J. M. Serrano,** *La religión egipcia.*
13. **J. Alvar,** *Los persas.*

GRECIA

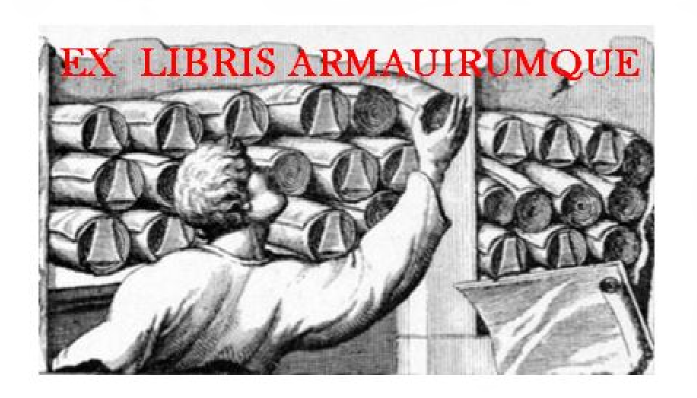
14. **J. C. Bermejo,** *El mundo del Egeo en el II milenio.*
15. **A. Lozano,** *La Edad Oscura.*
16. **J. C. Bermejo,** *El mito griego y sus interpretaciones.*
17. **A. Lozano,** *La colonización griega.*
18. **J. J. Sayas,** *Las ciudades de Jonia y el Peloponeso en el período arcaico.*
19. **R. López Melero,** *El estado espartano hasta la época clásica.*
20. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, I. El estado aristocrático.*
21. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, II. De Solón a Clístenes.*
22. **D. Plácido,** *Cultura y religión en la Grecia arcaica.*
23. **M. Picazo,** *Griegos y persas en el Egeo.*
24. **D. Plácido,** *La Pentecontecia.*
25. **J. Fernández Nieto,** *La guerra del Peloponeso.*
26. **J. Fernández Nieto,** *Grecia en la primera mitad del s. IV.*
27. **D. Plácido,** *La civilización griega en la época clásica.*
28. **J. Fernández Nieto, V. Alonso,** *Las condiciones de las polis en el s. IV y su reflejo en los pensadores griegos.*
29. **J. Fernández Nieto,** *El mundo griego y Filipo de Macedonia.*
30. **M. A. Rabanal,** *Alejandro Magno y sus sucesores.*
31. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. I: El Egipto de los Lágidas.*
32. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. II: Los Seleúcidas.*
33. **A. Lozano,** *Asia Menor helenística.*
34. **M. A. Rabanal,** *Las monarquías helenísticas. III: Grecia y Macedonia.*
35. **A. Piñero,** *La civilización helenística.*

ROMA

36. **J. Martínez-Pinna,** *El pueblo etrusco.*
37. **J. Martínez-Pinna,** *La Roma primitiva.*
38. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *El dualismo patricio-plebeyo.*
39. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *La conquista de Italia y la igualdad de los órdenes.*
40. **G. Fatás,** *El período de las primeras guerras púnicas.*
41. **F. Marco,** *La expansión de Roma por el Mediterráneo. De fines de la segunda guerra Púnica a los Gracos.*
42. **J. F. Rodríguez Neila,** *Los Gracos y el comienzo de las guerras civiles.*
43. **M.ª L. Sánchez León,** *Revueltas de esclavos en la crisis de la República.*
44. **C. González Román,** *La República Tardía: cesarianos y pompeyanos.*
45. **J. M. Roldán,** *Instituciones políticas de la República romana.*
46. **S. Montero,** *La religión romana antigua.*
47. **J. Mangas,** *Augusto.*
48. **J. Mangas, F. J. Lomas,** *Los Julio-Claudios y la crisis del 68.*
49. **F. J. Lomas,** *Los Flavios.*
50. **G. Chic,** *La dinastía de los Antoninos.*
51. **U. Espinosa,** *Los Severos.*
52. **J. Fernández Ubiña,** *El Imperio Romano bajo la anarquía militar.*
53. **J. Muñiz Coello,** *Las finanzas públicas del estado romano durante el Alto Imperio.*
54. **J. M. Blázquez,** *Agricultura y minería romanas durante el Alto Imperio.*
55. **J. M. Blázquez,** *Artesanado y comercio durante el Alto Imperio.*
56. **J. Mangas-R. Cid,** *El paganismo durante el Alto Imperio.*
57. **J. M. Santero, F. Gascó,** *El cristianismo primitivo.*
58. **G. Bravo,** *Diocleciano y las reformas administrativas del Imperio.*
59. **F. Bajo,** *Constantino y sus sucesores. La conversión del Imperio.*
60. **R. Sanz,** *El paganismo tardío y Juliano el Apóstata.*
61. **R. Teja,** *La época de los Valentinianos y de Teodosio.*
62. **D. Pérez Sánchez,** *Evolución del Imperio Romano de Oriente hasta Justiniano.*
63. **G. Bravo,** *El colonato bajoimperial.*
64. **G. Bravo,** *Revueltas internas y penetraciones bárbaras en el Imperio.*
65. **A. Giménez de Garnica,** *La desintegración del Imperio Romano de Occidente.*



ORIENTE



Director de la obra:

Julio Mangas Manjarrés
(Catedrático de Historia Antigua
de la Universidad Complutense
de Madrid)

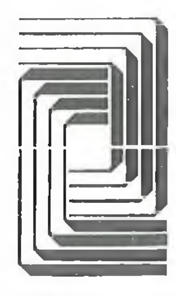
Diseño y maqueta:

Pedro Arjona

Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Tels.: 656 56 11 - 656 49 11
Depósito legal: M. 38.009-1988
ISBN: 84-7600-274-2 (Obra completa)
ISBN: 84-7600-331-5 (Tomo II)
Impreso en GREFOL, S. A.
Pol. II - La Fuensanta
Móstoles (Madrid)
Pinted in Spain

EGIPTO: EPOCA TINITA E IMPERIO ANTIGUO

J.J. Urruela



Indice

Prólogo

Hubo un tiempo en que los hombres olvidaron el pasado de la civilización egipcia. Cuando la religión de los antiguos faraones fue prohibida y se sumergió en la obscuridad de las catacumbas de Alejandría, de la misma manera que sus perseguidores lo habían tenido que hacer en Roma siglos atrás, sus sacerdotes se vieron acosados y aniquilados y ya nadie supo leer las escrituras jeroglíficas, que pasaron, así, a engrosar las filas de lo enigmático y misterioso.

Cómo los hombres han ido desvelando el misterio y recuperando la llave de ese conocimiento es una historia que ha sido contada muchas veces y no es el caso repetir aquí. La lenta rehabilitación del pasado egipcio ha encontrado dificultades enormes; y una de ellas, y no la menor, ha sido desentrañar los arcanos de su escritura y de su lengua para poder comprender la mentalidad de aquellas gentes cuya civilización estaba en su apogeo hace más de cuatro mil quinientos años. De esa civilización, cuyo carácter inmutable ha sido la nota más a destacar, se poseen hoy conocimientos muy específicos pero muy poco homogéneos. Y ello es así a pesar de los esfuerzos que la investigación moderna viene realizando en materia de arqueología y lingüística. Se puede decir, sin temor a exagerar, que se está todavía muy lejos de contemplar la Historia del Egipto Faraónico con el detalle y profundidad que ofrecen otras civilizaciones milenarias. Su desconocimiento es todavía muy grande y no se puede ofrecer un relato continuo ni de su acontecer político ni del desarrollo de sus instituciones económicas y sociales. Tal vez en este desconocimiento resida buena parte de su atractivo, su aparente misterio o su encanto al decir de otras gentes. Gentes, que por otra parte, miran con cierta falta de emoción las culturas clásicas mediterráneas mientras que sienten un profundo interés por todo lo que la ciencia egiptológica no ha podido llegar a estudiar en profundidad. Esto da pábulo a la fantasía y desarrolla la imaginación, lo cual, muchas veces, se convierte en el acicate del investigador; pero otras, fomenta una pseudociencia, de notable éxito por otra parte, que no conduce al conocimiento histórico, sino más bien a un tipo de literatura, mal llamada esotérica, productora de estragos entre los crédulos, llevándoles a confundir lo desconocido con lo increíble, lo exótico con lo mágico o, lo que es más pintoresco, haciéndoles buscar las explicaciones a problemas elementales de la tecnología antigua en ciencias extraplanetarias o extratemporales. Pero ese «desconocido»

es para el investigador de hoy, simplemente, la rutina científica de mañana.

Es un hecho que la egiptología sigue siendo una disciplina apasionante y su interés se incrementa al considerar que las arenas del desierto no han liberado aún la totalidad de sus presas. En relación con ello radica uno de los factores más apreciados por los arqueólogos ya que, dadas las características del clima egipcio, el estado de conservación de los objetos de cultura material es casi perfecto, y por lo que respecta a los edificios funerarios sólo hay que recordar que los faraones los hicieron construir en sólida piedra.

Así, levantando imperecederos monumentos y manteniendo viva una civilización durante tres mil años, el Egipto Faraónico da muestras de una potencia arqueológica y cultural de difícil parangón y para cuyo estudio se ha formado toda una legión de investigadores especializados.

El interés por la egiptología en todo el mundo es tal que la producción bibliográfica, sin tener en cuenta las obras de divulgación, muy numerosas por otra parte, se acerca a los mil títulos anuales, tanto en lo que se refiere a monografías como al conjunto de artículos de revistas especializadas. Y todo ello en cinco idiomas fundamentalmente: inglés, francés, italiano, alemán y ruso.

Esta impresionante cantidad de material es, sin embargo, de no muy fácil acceso en España, tanto por la falta de tradición científica española en materia de egiptología, que ha impedido la formación de bibliotecas específicas, como por las dificultades inherentes al uso de otros idiomas en el lector medio español.

Las páginas que siguen no pueden, ni pretenden, entrar en esa problemática, pero lo que sí persiguen es introducir al lector amante de Egipto milenario en el conocimiento científico de su pasado más lejano.

Introducción: el medio, los hombres el sistema

El país

El Valle del Nilo, tal y como hoy lo conocemos, se formó hace relativamente poco tiempo. Durante el Plioceno, a finales de la Era Terciaria, el río tardó varios milenios en taladrar las barreras rocosas del Wadi Halfa y del Gebel-el-Silsilah. Cuando supera esta última, deja detras de sí un angosto paso de mil doscientos metros de longitud, y se dirige hacia el mar Rojo; pero cambia rápidamente de dirección, primero hacia el noroeste, formando así el Egipto Medio, y endereza su curso desde Beni Suef desembocando en el Mediterráneo en un amplio Delta, el verdadero don de Herodoto y Platón.

De su lucha contra los elementos graníticos de la primera barrera dejará un recuerdo: las islas de Biga, Sehel, Filae y Elefantina. Para los egipcios del período faraónico allí nacía el río *Na-ite-ru, Neilós* en griego. Al espíritu de este río, benefactor en su inundación, se le veneraba con otro nombre: *Hapy*, cuyo sentido estaba más próximo a la esencia dinámica del río que a la idea de un curso de agua divinizado. Hapy resultaba ser un dios de una categoría muy diferente al del resto del panteón egipcio, y su carácter de dador de fertilidad lo hacía más un genio que una divinidad propiamente dicha.

La crecida, en torno a la cual gira toda la vida, simbolizaba el poder de la Naturaleza. Era feraz y no sólo por el líquido elemento, sino porque transportaba en suspensión residuos vegetales, el Nilo Verde, y arcillosos, el Nilo Rojo. El fenómeno de las crecidas, cuya causa los egipcios nunca conocieron, tiene un origen doble: por un lado las lluvias ecuatoriales recogidas por el Nilo Blanco y, por otro, la fusión de las nieves de Etiopía. Su ritmo anual creó el calendario, y la puesta en relación con las observaciones astronómicas de los egipcios ha permitido fijar la cronología.

El año comenzaba el 19 de julio, en que se detectaba la crecida en el sur de Egipto, que tardaba veinte días aproximadamente en llegar al Delta. Subía durante todo el mes de agosto, llegaba a su punto más alto en la segunda quincena de septiembre, entraba de nuevo en su lecho en octubre y alcanzaba el punto más bajo en mayo. El ciclo formaba las estaciones: *arhet*, la inundación; *peret*, la siembra; *semu*, la cosecha. Cada estación duraba cuatro meses, cada semana diez días, el año civil trescientos sesenta más cinco adicionales. Se trataba de un año agrícola, no real, puesto que faltaba el cuarto de día necesario para el cómputo solar.

Pero la inundación coincidía con un fenómeno astronómico: la aparición en el horizonte, junto con el sol, de la estrella Sothis, la Sirio actual. El primer día del año quedaba marcado por dos fenómenos, uno preciso, la aparición de la estrella, el otro aproximado, la inundación, que se iba desfasando del primero dado que no conocían el año bisiesto. Este desfase duraba mil cuatrocientos sesenta años, el período que llamaban sothíaco, es decir, un número de años igual a cuatro veces el número de días del calendario, al cabo del cual la estrella aparecía en el horizonte el mismo día que comenzaba el año y se producía la inundación. Por cálculos astronómicos es fácil determinar qué apariciones de Sirio en el horizonte han coincidido con la inundación. En los cinco milenios anteriores a nuestra era esa coincidencia se ha producido tres veces: 1.º: 1325-1322 a.C.; 2.º: 2785-2782 a.C.; 3.º: 4249-4242 a.C. La primera fue registrada por los egipcios y según el cómputo actual tuvo lugar a finales de la dinastía XVIII. La segunda conocería el final de la dinastía II, y la tercera en los momentos iniciales del Predinástico.

Los egipcios llamaban a su país *Ta Kêmt*, es decir «la Tierra negra», alusivo al suelo vegetal, el único que daba vida, por oposición a la arena del desierto, de color rojizo. Y distinguían dos zonas muy claramente: *Ta Mehu*, el Bajo Egipto, de *Ta Shema*, el Alto Egipto. Al ser el Valle un oasis prolongado durante, aproximadamente, 2.000 Km, los cultivos sufrían un cierto retraso debido a la tardanza de las aguas en llegar al Delta. A pesar de su longitud la superficie cultivable no debió de sobrepasar en época faraónica los 30.000 Km^2 y es posible que no los alcanzara normalmente. Es necesario considerar a este respecto que la cantidad de superficie cultivable en cada año de la historia egipcia estaría en función del nivel alcanzado por la crecida, de ahí la importancia de medirla con precisión para poder calcular los impuestos, los medios humanos y las obras públicas que sería necesario poner en ejecución, lo que, evidentemente, dependía del control que la administración central pudiera realizar en cada momento. Nada podía esperarse por otra parte de los aportes del agua de lluvia puesto que la media anual en el Delta no sobrepasa nunca los doscientos milímetros.

Una zona quedaba algo al margen del Valle, aunque unida a éste por un brazo del Nilo procedente de un gran lago central. Los egipcios del Reino Nuevo le llamaron *pa-yum*, de donde procede el nombre actual Fayum. En el Reino Medio se le dedicó gran atención efectuándose grandes obras de regadío, así como la construcción del célebre «laberinto» de Moeris, que no es otro que Amenemhat III. La capital era Shedet, la actual Medinet el-Fayum, entonces en la misma orilla del lago. Hoy dista 20 Km. En la Baja Epoca fue también objeto de atención pues Ptolomeo II Filadelfo mandó reducir el volumen del lago para ganar tierras de cultivo donde instalar a los veteranos de sus guerras. Fue siempre por sus características pantanosas, un paraíso de los cocodrilos, que se adoraban simbolizados en el dios Sobek.

La evolución geológica natural ha modificado el valle, al margen de las obras humanas. En los últimos cinco mil años, la lenta acumulación del limo ha ido sepultando varios metros innumerables yacimientos al mismo tiempo que el arrastre de las aguas ha hecho desaparecer a otros para siempre. (K. Butzer). Esto tiene enorme importancia a la hora de valorar las distintas teorías sobre el poblamiento de determinadas zonas en algunos momentos de la historia. Así, para algunos autores, el Delta no estuvo habitado en tiempos predinásticos (E. Baumgartel), otros expresan su opinión contraria de que fue una zona

densamente poblada y la ausencia de restos arqueológicos no puede utilizarse como argumento.

La mayor o menor capacidad de poblamiento estaba evidentemente relacionada en este ecosistema reinante. El Valle, a pesar de su aparente uniformidad, ofrecía aspectos muy diferentes a lo largo de sus dos mil kilómetros de tierra egipcia. Esto produjo una polaridad en el desarrollo cultural que los egipcios se encargaron de potenciar y difundir en sus concepciones mitográficas y en la valoración que hacían de su propia historia. Es bien cierto que desde el instante en que el arqueólogo puede constatar un habitat sedentarizado se aprecian diferencias entre la cultura del Alto Egipto y la del Bajo, y ello ha influido a la hora de construir hipótesis sobre el desarrollo del Predinástico o el papel representado por cada zona en determinados períodos de la historia posterior.

Estas diferencias fueron no solamente culturales, y han seguido radicalizándose con el paso del tiempo tanto o más de lo que ya lo estaban en la Antigüedad. La fauna y flora características del Egipto Faraónico ha desplazado su habitat mucho más al sur del Valle y si en la Antigüedad era posible constatar la presencia en el sur de elefantes, jirafas y rinocerontes hoy día ya nada queda de esas especies. Los egipcios fueron fieles en la representación de su fauna y flora. Así podemos hacer un somero inventario sin más que observar las paredes de sus tumbas: hipopótamos, cocodrilos, nutrias, asnos, corderos, cabras y bueyes; perros, leones, panteras, zorros y chacales; ibis, milanos, halcones, avestruces, escorpiones, víboras y cobras son algunos de los animales representados. Su precisión es digna de encomio; en la tumba de Ani, de la dinastía XVIII, se encuentran veintitrés especies arbóreas. En los bajorrelieves del Reino Antiguo encontramos otras especies vegetales como la lechuga, la cebolla, el lino, la sandía, los pepinos y varios cereales. En el Reino Nuevo aparecen ya el olivo y el granado, este último mandado representar en el gran templo de Amón por Tutmosis III.

Los pobladores y su lengua

Aunque el Valle del Nilo y sus oasis adyacentes estuvieron habitados desde los tiempos más remotos del Paleolítico, la escasez de restos antropofísicos es la nota a destacar. Entre el −12000 y el −10000 se puede constatar en la Baja Nubia la presencia de grupos dolicocéfalos próximos a los hombres de tipo Cromagnon y Mechta.

Para el período Neolítico, aproximadamente entre −8000 y −5000, los restos siguen siendo escasos. Los hallazgos de El Omari, localidad próxima al actual El Cairo, excavada por Bovier-la Pierre, y los de Merimde-beni-Salameh hacen opinar a Derry y a otros investigadores como Vercoutter que esta población no parece la misma que habitará el Alto Egipto en el período predinástico.

Diferentes restos arqueológicos, especialmente relacionados con las técnicas de trabajo lítico, permiten pensar, en ausencia de restos humanos, que hubo ciertos cambios en la población del Valle. Algunos investigadores, como Petrie, pretendieron explicar cada cambio cultural por la llegada de un nuevo grupo humano y, de esta manera, el período llamado predinástico veía un continuo suceder de invasiones procedentes de lejanas tierras en algunos casos. Sin llegar a tales extremos, dado que el invasionismo pasó de moda, otros especialistas destacaron que el cambio fundamental en materia de población se produjo en los finales del período citado, dando así origen a la

cultura que desarrollará la fase histórica. Esta fue la llamada «raza dinástica» de Derry, aceptada por autores como Emery e incluso Edwards, de alguna manera. La razón de estas hipótesis estriba en la presencia, en el Bajo Egipto, de grupos, indudablemente muy mezclados, de gentes procedentes de Asia. Así lo permiten pensar los esqueletos encontrados en yacimientos localizados al norte de El-Omari, que presentan un tipo físico más robusto que el resto del Valle.

A pesar de estos hechos la mayoría de los investigadores están de acuerdo, desde Frankfort hasta Berry, Batrawi, Trigger, etc., en considerar que desde los inicios del predinástico la continuidad en la población debe ser el hilo conductor de toda investigación futura.

Desde el punto de vista de las definiciones generales, la población egipcia pertenecía al tipo mediterráneo o euroafricano, de substrato nilótico y africano antiguo, de estatura menor que mediana, cráneo estrecho y alargado, pelo oscuro, leucoderma y morena.

En el Predinástico la población egipcia, propiamente dicha, y la nubia, estarían muy mezcladas, dándose ya la integración, según Vercoutter, de tipos negroides mediterráneos oscuros análogos al Cromagnon ya citado. Esta mezcla produciría un mestizaje variado según las zonas y las épocas.

Al decir negroide, término que no es aceptado unanimemente, no se quiere decir negro puro, y en todo caso se utiliza para indicar su procedencia africana. Los propios egipcios conocían perfectamente estas diferencias de tipo y piel. Ellos designaban con la palabra *nehery* a lo que hoy día se denomina nubio, muy diferente del negro puro, cuyo tipo físico no fue conocido hasta la dinastía XVIII.

Sobre la evolución numérica de esa población hay que moverse en el terreno de las hipótesis. Karl Butzer ha estimado para el Predinástico Final un número de habitantes entre 100.000 y 200.000, mientras que, basándose en el número de prisioneros, 120.000, citados en la cabeza de maza del rey Escorpión, el profesor Emery estimaba unos 2.000.000 de habitantes para el comienzo de la época histórica.

Intimamente ligado al problema del poblamiento está la cuestión de la lengua. Aunque tema sometido a numerosas discusiones hay, sin embargo, algunos aspectos reconocidos unanimemente por los investigadores. El egipcio es una lengua del grupo camito-semita que se separó de éste antes de la evolución del semita común. A partir del elemento nilótico primitivo de origen puramente africano se hicieron incorporaciones de lenguas semíticas del mismo grupo de tal manera que, según Lefebvre, resultó más bien una lengua africana semitizada que una lengua semítica modificada. Son innegables los aspectos típicos del substrato africano como por ejemplo la original conjugación de los verbos, hecho destacado por todos los autores. Los testimonios más antiguos de esta lengua datan de los albores del Período Tinita, en cifras redondas unos tres mil años antes de nuestra era. En ese momento se puede apreciar que el sistema jeroglífico con el que se representa la lengua está ya formado y algunos de los elementos figurativos que lo integran estaban en uso desde hacía mucho tiempo. La autoctonía del sistema era evidente.

A lo largo de los siglos el idioma fue evolucionando y se sucedieron distintas etapas, siendo un hecho característico el que el idioma oficial y literario tardaría en incorporar los cambios habidos en la lengua hablada por el pueblo. En primer lugar el «egipcio antiguo», que fue la lengua empleada durante el Reino Antiguo y comienzos del Primer Período Inter-

medio, en cifras aproximadas −3000 a −2200. En dicha lengua se han conservado un cierto número de documentos oficiales, listas reales, inscripciones autobiográficas de particulares, documentos administrativos y fundamentalmente, escritos de carácter religioso: los llamados Textos de las Pirámides.

El segundo estadio corresponde al «egipcio medio», también llamado clásico, el más estudiado y difundido puesto que comprende tanto la lengua popular del Reino Medio como la lengua literaria y oficial utilizada desde finales del Primer Período Intermedio hasta el reinado de Amenofis III. Es decir, desde −2200 hasta −1375. En él se encuentra la gran mayoría de la literatura clásica egipcia, documentos administrativos, inscripciones de monumentos, estelas funerarias, textos religiosos, filosóficos, médicos y matemáticos. Incluso ciertas fórmulas propias de textos monumentales se siguieron escribiendo en esta lengua hasta el fin de la cultura faraónica.

La tercera fase es la del «neoegipcio» que aparece documentada en la correspondencia y la administración, en los monumentos y en la literatura, desde la dinastía XVIII hasta la XXIV.

La cuarta etapa corresponde a la Baja Epoca y hay que distinguir en ella los documentos privados administrativos y oficiales, escritos en lengua «demótica» y en escritura del mismo nombre derivada del hierático, de otro conjunto de textos monumentales realizados en jeroglíficos que imitaban, complicándolas, las fórmulas del egipcio antiguo y medio.

Finalmente el «copto», evolución última de la lengua egipcia influida por el griego y que se siguió utilizando por los cristianos del Valle del Nilo hasta los albores del siglo XVIII de nuestra era. Se representaba mediante la escritura del mismo nombre adaptada del alfabeto griego.



Templo del Valle de la pirámide de Khaefre

El sistema

El Nilo, ya se ha visto, daba la vida a los egipcios. No es, pues, de extrañar que condicionara más allá de lo aparente. Subordinó su economía, su religión, sus costumbres y, por lo tanto, su sistema político. La crecida era anotada cuidadosamente puesto que de ella dependían totalmente. Si el nivel era correcto se podía esperar una cosecha abundante, pero si no llegaba al punto adecuado, o por el contrario, lo sobrepasaba en demasía, el desastre era imparable.

En la Piedra de Palermo, texto es-

culpido durante la dinastía V, contando los acontecimientos más importantes de varios reinados anteriores, se dice del año sexto del faraón Userkaf: «En el año en el cual el Rey del Valle (Alto Egipto) y el Delta (Bajo Egipto) Userkaf, ha hecho por él grandes cosas a los...» (sigue una lista de dones a diversos dioses, luego continúa): «El año del tercer censo, cuatro codos, dos palmos y medio». Es decir el Nilo había subido casi tres metros (275 cm).

Este control exigía la posibilidad de poner en práctica enormes trabajos de obras públicas. Pero la buena marcha de este esfuerzo implicaba un desarrollado aparato administrativo. Ello comportaba una tendencia a la unificación, a la estabilidad política, y al gobierno por una sola mano. Surge así un tipo de sistema político que ha sido calificado de diversas maneras; despotismo oriental, imperios teocráticos de regadío, etc., y que responden, dentro de la teoría de los modos de producción al que se conoce con el nombre de asiático. El Estado así formado se va a caracterizar por un control riguroso de los poderes políticos y militares, así como por la capacidad integradora de la religión, el monopolio de las actividades comerciales y la apropiación de la tierra.

El nomo, palabra utilizada en época ptolemaica, pero que en egipcio clásico se denominaba *sepet*, designaba un distrito o provincia. En escritura jeroglífica se representaba por un rectángulo con líneas transversales. Así, el símbolo de la unidad territorial recordaba un campo surcado por canales de riego. Esto prueba que desde el temprano momento en que empiezan a formarse los elementos del sistema jeroglífico en pleno predinástico, los egipcios están dominados por la concepción hidráulica de su territorio.

Es indudable que antes de la unificación las comunidades de aldea ejercían un control sobre los sistemas de contención de las aguas. La asociación de comunidades era un camino directo hacia la idea de una mayor producción, lo que conducía inevitablemente al surgimiento de excedente, de clases sociales y de Estado. La base económica de la estructura así formada es la apropiación de las tierras cultivables por el mismo Estado, que permanecían entregadas en usufructos a las comunidades locales, a los templos o a personajes importantes dentro del gobierno. Esto último en mucho menor grado.

El aparato burocrático y administrativo podía movilizar enormes contingentes de mano de obra, no en vano se ha calculado que para la edificación de la pirámide de Keops, habían hecho falta cien mil trabajadores durante unos veinte años. A pesar de la inseguridad de los cálculos una cosa es bien cierta: trabajos de esta índole sólo eran posibles porque existía previamente la organización necesaria para ello. El campesino vinculado a la tierra contemplaba sobre él tanto a la comunidad local a la que pertenecía como a la burocracia real por la que sufría la exacción de los excedentes y la obligatoriedad de los trabajos colectivos, bien fueran hidráulicos o para el ensalzamiento del faraón-dios. Así, con todo el aparato religioso que justificaba el trabajo como participación en la otra vida del faraón y del trabajador mismo, o como una necesidad colectiva para poder subsistir, la estabilidad del sistema estaba asegurada. El campesino aceptaba la exacción tributaria como contribución a la obra colectiva organizada por el poder central y el propio lujo de la clase dominante, extraído de los sobrantes de esas apropiaciones, quedaba justificado como pago a los servicios prestados en el ejercicio de las funciones sociales definidas como contribución al mantenimiento del sistema global (Ribeiro). A tal entramado los milenios no le harán mella.

I. Los orígenes

Desde los comienzos del Paleolítico Superior se puede constatar la presencia de seres humanos en el País del Nilo. Entonces el Valle era mucho más ancho, una abundante vegetación se extendía por los territorios que luego serían desiertos, y en las terrazas más elevadas del Valle los habitantes dejaron los restos de una industria lítica muy variada como único testimonio de su paso.

Las técnicas de trabajo de esta industria lítica siguen aproximadamente las mismas secuencias del Paleolítico europeo, aunque con algunas originalidades y ausencias. Las fases de talla y técnica se atienen a la evolución lógica que llevó a Europa desde el hacha de mano de gran tamaño hasta los microlitos del Paleolítico final. La relación tipológica existente entre las industrias líticas, como las de Khasgah, Kom Ombo, Heluán, etc., y otros puntos muy alejados de Africa y de Asia Anterior hacen pensar que las bandas de hombres paleolíticos recorrían amplias regiones del norte de Africa y que por lo tanto una parte muy local y pequeña de estas poblaciones tuvo algo que ver con los habitantes del Valle en el período siguiente.

Tal vez hacia el Paleolítico Medio o final se produjeron los dibujos incisos en paredes rocosas de algunas wadis confluyentes en el Nilo. Mucho más abundantes en la Alta Nubia que en el Egipto propiamente dicho, estas incisiones rupestres en las que se representaban hipopótamos y otros animales no están asociadas a industrias líticas por lo que su datación es conjeturable. Se ha apuntado por parte de los investigadores, S. Curto, por ejemplo, que estos grabados no pueden tener la misma funcionalidad de magia simpática presente en el arte rupestre europeo.

Pero el clima fue gradualmente cambiando, y las desecaciones habidas hacia el −10000 convirtieron las densas selvas en arenosos desiertos y los hombres se fueron retirando a las orillas de los lagos y del mismo Nilo. Las últimas fechas obtenidas por el método del carbono 14 parecen adelantar en algunos cientos de años el momento, en que se creía que los hombres domesticaron plantas y animales y se establecieron en las orillas del actual Nilo. En los comienzos de este Neolítico egipcio, aproximadamente entre −8000 y −5000 puede detectarse el cultivo de la cebada, el trigo candeal y el lino, como ejemplos más conocidos, y la domesticación de algunos animales como la cabra y el asno. Esto no significa que se abandonara la recolección, la caza y la pesca, que llegaron incluso a ser motivo de representaciones artísticas du-

rante todo el período faraónico. Es evidente, sin embargo, que la intensificación de los cultivos en época histórica dejaría poco lugar a la recolección de plantas silvestres y ello explicaría también la retirada de ciertos elementos de la fauna propia del Paleolítico, como los elefantes, las jirafas o algunas especies de antílopes, a que se ha hecho mención.

Durante el Neolítico el Valle del Nilo va tomando ya la configuración definitiva desde el punto de vista del paisaje aunque es indudable que la humedad era mayor que en la época histórica, lo que permitía una más extensa vegetación y una presencia de especies animales aún más abundante. Los hombres de este período, sedentarizándose paulatinamente, están cada vez más cerca del curso del río pero levantan sus poblados y necrópolis en las orillas del desierto, allí donde todavía alcanzan los depósitos de limo, que siglo tras siglo han ido acumulándose sobre los restos, haciendo casi imposible su localización. Algunos de estos lugares han sido rescatados del olvido, como los yacimientos de Fayum, Merimde-beni-Salameh, El-Omari, Deir-el-Tasa, Gebelein, etc., localidades, algunas de ellas, en las que también se contemplan fases más avanzadas del desarrollo cultural.

Desde este momento hasta el Período Tinita, que comprende las dos primeras dinastías así denominadas por Manetón, se extiende un largo proceso de unos dos mil años que ha sido considerado por los investigadores como el más trascendente de la historia egipcia. Efectivamente, como indica el profesor Vercouter, en esos dos mil años se creó un sistema político, una religión, un arte y una escritura. Nació el Estado unificado y, en definitiva, una forma de concebir la vida y la muerte.

Difieren entre sí las interpretaciones que se han hecho de los distintos yacimientos a lo largo del valle en los dos mil años del período. Hay tantas diferencias regionales como lagunas cronológicas. El Alto y el Bajo Egipto pueden presentar fases diferentes en su desarrollo cultural y los hallazgos han sido más abundantes en el primero que en el segundo. En el norte, entendiéndolo desde Fayun hasta Heliópolis, puesto que el centro del Delta se presenta estéril de momento, hay que constatar la presencia de yacimientos muy separados entre sí pero muy extensos y que inhuman a sus muertos bajo el mismo poblado. Sus cerámicas eran monócromas, a veces incisas o sin decoración. En las aldeas se pueden detectar grupos familiares amplios por el uso de graneros comunales. En el sur, Alto Egipto, en cambio, los yacimientos corresponden más a extensas necrópolis que a poblaciones, la frecuencia de hallazgos es mucho mayor y la cultura se presenta más desarrollada, o por lo menos su aceleración es más intensa. Sus cerámicas, bellamente decoradas ofrecen un mundo plástico muy alejado del grupo del Bajo Egipto. Al final del período las dos tradiciones culturales se unirán en un solo Estado, naciendo así el Egipto del Reino Antiguo.

La primera fase está marcada en el norte por los yacimientos de Fayum A y Merimde-beni-Salameh. Las fechas aproximadas para Fayum A serían entre −4700 y −3800. El yacimiento de Merimde debió de comenzar antes, −5200 y terminar hacia −3500, presentando avances considerables en sus últimas fases.

Del yacimiento de Fayum A se ha dicho que puede representar una fase estacional de un grupo de sedentarización parcial (Trigger siguiendo a Arkel) aunque pudiera ocurrir que el grupo humano allí establecido no estuviera en la misma línea de evolución del Valle. Eran agricultores

Mapa de Egipto
Período Predinástico y Tinita

PALESTINA
MAR MEDITERRANEO
Afridar
Tell Cerani
Tell Macahaz
Tell el-Faracin
Kom el-Kanater
Raphia
Cain Basor
Damanhur
Tell el-Samara
Tell el-Ginn
el-Beda
Gezira Sangaha
Manshiyet
Tell el-Dabca
Beni Anir
Merimde-beni-Salameh
Old Kairo
HELIOPOLIS
Heliopolis
el-Qatta
Abu Rawash
Wadi Digla
Giza
Tura
Abusir
Helwan
Saqqara
Menphis
Dimai
Kafr Tarkhan
Girza
Maidum
Kom el-Ghurab
Abusir el-Meleq
Maiyana
SINAI
Nazlet Awlad el-Sheikh
Bahariya Oasis
Sawada
Zawyet el-Amwat
Deir el-Gabrawi
Deir Bisra
MAR ROJO
Matmar
el-Mustagidda
Deir Tasa
el-Badari
Hammamiya
Qaw el-Kebir
Mesaid
Ombos
«Naqada»
el-Raqaqna
Wadi el-Qash
el-Mahasna
Abcadiya
Dendara
Abydos
el-Amra
Qift
Hiw
Qus
el-Dakhla Oasis
el-Tarif
Khizam
Armant
Karnak
el-Kharga Oasis
Gebelein
el-Kab
Kom el-Ahmar
Wadi Cabbad
el-Kubaniya
Elefantina
Dabod
Shellal
Kurkur Oasis
Meris
Khor Bahan
Dehmit
Dunqul Oasis
Gerz Hussein
el-Dakka
Sayala
Afia
el-Shab
Tushka
Ballana
Faras
Qustul
Serra
Dibeira
Buhen
Ashkeit
Abka
Murshid West
Gamai
Saras West
Saras
Ambikol
Malik el-Nasir
Tumuki

y ganaderos, visiblemente igualitarios pero que dependían en gran medida de la caza y de la pesca. Sus graneros comunales, o familiares en todo caso, se emplazaban en elevaciones de terreno para escapar de la inundación pero eran subterráneos. Contenían todavía restos de lino, trigo y cebada. Sus habitantes se alimentaban también de cerdos, cabras, bueyes e hipopótamos. La presencia de cestería y la existencia de cerámicas de técnica todavía poco depurada son rasgos característicos.

El yacimiento de Merimde-beni-Salameh, próximo al Delta, se presenta con mucha mayor importancia. Su extensión, más de dos hectáreas, es ya notoria. En Merimde aparecen ya chozas de paredes de caña con soportes fijados en la tierra, con fogones y utensilios de cerámica. Las cabañas, ausentes en Fayum A, se alineaban formando caminos en la aldea. Un síntoma de urbanismo. La cerámica, aunque próxima a la de Fayum A, presenta, sin embargo, más tipos decorados e incluso formas nuevas. Las sepulturas están en el mismo poblado o muy próximas a las chozas. Los muertos apoyados en el costado derecho tienen ia mano en la boca y cerca de su cabeza esparcieron unos granos de trigo. Primera muestra en la creencia de las necesidades alimentarias en el Más Allá. Aparecen también las cabezas de maza que se presentan como un precedente de las geerzeenses. Su secuencia estratigráfica presenta diversas fases, desde momentos tal vez anteriores pero muy parecidos en evolución a Fayum A hasta una época mucho más avanzada, en la cual la población debió de crecer notablemente, en relación tal vez con técnicas agrícolas más desarrolladas. Aparecen restos óseos de perros, cerdos, cabras y corderos y el nivel de desarrollo material puede ponerse en relación con el de muchos yacimientos del sudoeste asiático.

En el sur, el yacimiento que ha dado su nombre al período está situado en El-Badari, pero la cultura que representa, el Badariense, llamado igualmente Predinástico primitivo, aparece también en otros muchos puntos del Valle Alto. Hay que destacar en este horizonte cultural el uso de metales aunque ello no implicó cambios que repercutieran en el desarrollo social. Se ha dudado de que fueran completamente sedentarios, al menos en las primeras fases, tal y como puede demostrarlo la presencia de tiendas hechas con pieles, aunque en su interior se encontrara un fogón y un cesto para alimentos. Sin embargo presenta esta cultura ciertos elementos mobiliarios que implican un evidente desarrollo, como camas de madera, almohadas de tela o cuero rellenos de paja, amuletos, perlas de esmalte y paletas de esquisto sobre las que trituraban la pintura para los ojos. Algunas de estas paletas ya estaban decoradas, lo que implica el nacimiento de un cierto sentido artístico. Lo mismo puede decirse de la presencia de estatuillas de marfil representando mujeres e hipopótamos a los que se les da una interpretación de cáracter ritual. Las cerámicas badarienses, de borde ennegrecido y brillante color rojo han llamado la atención de los arqueólogos, e inician la serie de cerámicas en que el sur destacará hasta época dinástica. En conjunto los badarienses presentaban un acerbo de conocimientos técnicos muy desarrollado. Sus bellas cerámicas negras y rojas bien pulimentadas son una prueba más de esta afirmación. Su conocimiento del cobre plantea un problema de interpretación dado que este metal no fue conocido en el norte hasta el final del Predinástico. Ello hace pensar a los investigadores que esta cultura mantenía relaciones comerciales con la costa del Mar Rojo a través del Wadi Hammamat puesto que la madera encontrada en sus poblados y en los rudimentarios sarcófagos de sus necrópolis puede identi-

ficarse como pino. La mayor humedad del período en la zona norte de Africa permite aceptar la hipótesis de que las costas del Mar Rojo tuvieran bosques de la mencionada conífera. O bien se admite esta posibilidad o hay que pensar en un comercio con la costa de Siria, lo que, en principio, parece prematuro. La presencia de conchas de moluscos y turquesas apunta también en la dirección de un contacto con la zona del Mar Rojo. Al margen de estas posibles relaciones comerciales la producción de los badarienses está centrada en la agricultura y en la ganadería sin descartar las habituales dependencias de la caza y de la pesca. En suma, una cultura mucho más compleja que la de sus coetáneos del norte que responde probablemente a patrones culturales meridionales muy antiguos, puesto que el Tasiense, considerado hasta ahora como un Neolítico local del sur se presenta tan entroncado con el Badariense que puede considerarse como su origen.

La fase que tradicionalmente se coloca a continuación del Badariense recibe diversos nombres: Nagada I, Amratiense, o Predinástico Medio. Esta cultura sólo es conocida en el sur y su cronología, todavía discutida, es llevada por algunos autores a las mismas fechas del Badariense, de la cual sería sólo una modalidad local. Para otros, sin embargo, es la evolución natural del horizonte representado por el yacimiento de El-Badari (Kantor, por ejemplo). Esto plantea un problema dado que en algunos yacimientos, como El-Hammamiya, lo badariense finaliza antes de que comiencen los estratos amratienses.

A pesar de las dificultades que presenta valorar en su justa medida tan contrarias afirmaciones es un hecho que la mayor parte de los estudiosos consideran al Amratiense como una fase más avanzada de la cultura del sur y centro del Valle; hay que tener en cuenta que aun admitiendo que tuvieran un ámbito local a ninguna de las dos se la puede encontrar más al norte de Assiut.

El Amratiense aunque pueda relacionarse en el tiempo con el final del Merindense no tiene ningún parecido con éste ni con ningún otro yacimiento del norte. De ahí la confusión que se puede introducir en la evolución histórica del Predinástico cuando se siguen las nomenclaturas generalizadas, antes citadas, de Predinástico Antiguo, Medio y Reciente para todo el Valle.

En la cultura Amratiense se aprecian diferencias progresivas respecto a su predecesora. En cerámica surge la decoración naturalista y geométrica hecha de incisiones rellenas de pasta blanca sobre fondo oscuro así como una variedad de formas nuevas. Además se siguen fabricando las típicas cerámicas rojas de borde negro. Construían embarcaciones uniendo manojos de papiro y utilizaban telares horizontales.

Debieron de progresar en la intensificación de los cultivos dado que la especialización de los artesanos así lo exige. Sin embargo muchos autores inciden en que los materiales arqueológicos sólo prueban una economía de subsistencia, mientras que otros afirman que el grado de civilización es comparable al de la cultura de El-Obeid, en Mesopotamia.

La especialización de las técnicas artesanales queda patente no sólo en la cerámica, sino también en la fabricación de adornos de pasta vítrea, la adición del oro y los trabajos en cobre, ya muy sofisticados. La presencia de puntos de arpones indica su dependencia de la pesca, pero esto no contradice que intensificaran la ganadería. Huesos de vacunos, cerdos, cabras y ovejas parecen probarlo. Las paletas para triturar la pasta de malaquita, necesaria para los ojos, se hacen más abundantes y sobre ellas aparecen los primeros signos de escritura jeroglífica. Otro hecho importante

parece apoyar el desarrollo cultural del período: la presencia de mazas troncocónicas talladas en piedras duras. Hay que destacar que esta arma desaparece al final del Amratiense, pero no el signo jeroglífico que la representa, que permanecerá con valor fonético en época histórica. Como ya indicó Gardiner es en este momento cuando empezó a desarrollarse la escritura egipcia.

El desarrollo urbano muestra la existencia de chozas rectangulares, lo que implica una ordenación del espacio en íntima relación con términos de construcción más evolucionadas: la bóveda, la pared de ladrillos, el sistema de habitaciones y la escalera. Todo ello con notables repercusiones en lo funerario. Los muertos, en verdaderos sarcófagos de madera, o cestas de mimbre, tienen a mano armas y bienes diversos, y un precedente de las escenas de las tumbas del período dinástico en dibujos sobre placas de pizarra. Las creencias de ultratumba están ya formadas, aunque su sistematización posterior engañe aparentemente respecto a los orígenes. A pesar de estos rasgos culturales tan evolucionados nada ha aparecido aún que pueda probar una sociedad estratificada. Por lo que respecta a la cronología puede resumirse la polémica existente entre dos fechas extremas dadas por carbono 14. La más antigua −4700/−4500 habría que situarla en los orígenes de la cultura, mientras que la más reciente, −3500, correspondería a sus momentos finales.

En un balance global del Badariense y el Amratiense en el sur egipcio, puede indicarse como más significativo que ambos contemplan un estadio artesanal que se presenta más desarrollado que lo que le correspondería por el proceso productivo que es dado a conocer por la arqueología. De ahí las diferencias tan extremas que ofrecen las interpretaciones de los investigadores. Mientras que para unos el Estado ya ha nacido en el Amratiense, con la instalación del calendario sotíaco en −4245, para otros esto no es posible hasta los alrededores del −3000.

El intervalo cronológico comprendido, a grandes rasgos, entre −3500 y −3000 está representado en el norte por el yacimiento de Meadi y en el Valle por toda una cultura con una implantación extensa: el Geerzense. Las últimas fases del Meadiense, así como el último desarrollo geerzense ven intensificar el proceso político previo a la época Tinita. Durante estos cinco últimos siglos el avance técnico, social y económico sufrió una aceleración considerable, pero estamos muy mal informados de los detalles. Incluso hay que destacar que las diferencias culturales se siguen manifestando entre el Alto Valle y el Bajo Egipto. Solamente en su segunda mitad se funden los elementos culturales y probablemente también lo hiciera el territorio, aunque la única unificación bien documentada sea la última.

Del Meadiense hay que destacar que supone un gran salto con respecto al último momento de la cultura merimdense, o del yacimiento más cercano a Meadi, El-Omari, similar a las últimas fases de Merimde-beni-Salameh. En Meadi aparece el cobre por primera vez en el norte. Su producción cerámica es abundante y muy variada de formas, alguna de las cuales parecen probar contactos con Palestina. El trabajo en vasos de piedra puede relacionarse con las culturas del Alto Valle. Todos estos elementos, incluyendo la existencia del cobre, llevan a los investigadores (Devono) a plantear si Meadi no era un eslabón en la cadena comercial de los habitantes del sur con el Sinaí y Palestina. Por su situación privilegiada, esta zona, próxima a la actual El Cairo, vería así incentivado su desarrollo económico y político. La presencia de materiales arqueológicos importados o similares a los geerzenses plantea la

posibilidad de que Meadi sea una «provincia» de la cultura del sur.

Por ello se considera que la última secuencia geerzense abarca la totalidad de Egipto y que en el seno de esta cultura tiene lugar el proceso unificador. Estos diferentes puntos de vista no son substancialmente opuestos en razón de que la unificación cultural pudo venir de mano de la unificación política, o viceversa.

El yacimiento que ha dado su nom-



Cerámica geerzense
Pintura de barcos y animales
(Aprox. −4000)
Museo El Cairo

bre al período, en la localidad de El-Geerzeh, a la altura de El-Fayum, desplaza el centro difusor del Alto Valle algo más al norte que en los momentos anteriores. Sin embargo, el Geerzense es una cultura muy difundida que puede encontrarse hasta en la Nubia egipcia. En virtud de ello se produce una cierta polémica sobre cuál habría sido el lugar de donde irradió. Para algunos estudiosos, como Scharff se originó en el Delta, para otros como Kaiser, lo hizo cerca de Luxor. Lo primero que llamó la atención en el conjunto arqueológico fue la cerámica. Se trataba de algo innovador pues aparecían varios vasos de colores claros con decoraciones naturalistas de aves y barcos. Ello dio pie a plantear la llegada de invasores procedentes del este, a los que se achacaba el impulso dado al Valle. Esta teoría está hoy descartada (Arkell y Ucko, entre otros) aunque no se excluye que se dieran contactos con Asia que permitieran explicar ciertos paralelismos en la tipología de la cerámica.

Los geerzenses dominaron las técnicas de talla de la piedra, heredadas de las culturas del bajo Egipto. Los vasos de materiales durísimos como el basalto, la diorita o la serpentina se harán habituales a partir de este momento y llegan incluso a desplazar totalmente a la cerámica decorada. La maza piriforme, ya utilizada en Merimde, se convertirá en el arma real faraónica pero es en el Geerzense cuando se populariza. Todos los aspectos artesanales de las culturas anteriores se perfeccionan en grado sumo, como los célebres cuchillos de silex, que llegan a ser transparentes, de puro delgados. El trabajo en cobre o en aleaciones de oro y plata alcanza ya las cotas de época faraónica.

El artesano ya es un artista y ello implica una sociedad estratificada y compleja. Desde qué momento esto puede darse como seguro es difícil de deducir por el material arqueológico. Es evidente que el pleno Geerzense contempla ya la existencia del Estado. Se verá más adelante si puede hablarse de Estado o de Estados. La tumba ofrece ya un rico ajuar donde no falta el oro y los objetos de cobre, el lapislázuli, las turquesas y otras piedras semipreciosas. Los dibujos de barcos en las cerámicas se acompañan de unos ciertos «símbolos» en sus proas que serán identificados con los posteriores emblemas de los nomos. Su presencia implica ya una cierta conciencia política o de grupo. La unidad territorial humana se reconoce por su nombre, su dios y su enseña. Estos signos de demarcación pueden significar la existencia, cuando no el reconocimiento, de una unidad territorial y política mayor. Puede ser una confederación de nomos, puede ser un Estado.

A partir de este momento la arqueología ya no puede diferenciar el norte del sur. Sea por las razones que fuera el Valle del Nilo presenta una cultura uniforme. Nos encontramos a muy pocas décadas de la fecha tradicionalmente admitida como comienzo del período Dinástico y el investigador se ve en dificultades para comprimir el cuadro de la evolución política en algo menos de un siglo. Tal vez sea necesario retrasar la fecha del reinado de faraón Menes a −2821, que coincidiría con la fecha propuesta por Parker y otros investigadores, para los orígenes del calendario sotíaco. Pero también puede ocurrir que la formación del Estado o de dos Estados, como sugieren la lectura de los textos religiosos, sea un fenómeno ya plenamente geerzense.

La lucha del sur, personificado por el dios Seth de la ciudad de *Nubet* (Ombos), contra el norte, simbolizado por el dios Halcón Horus de la ciudad de *Behedet*, en el Delta: ¿Puede entenderse como la existencia de dos Estados enfrentados desde los comienzos de la última fase del llamado Predinástico?

El intento de reconstrucción del Predinástico final es uno de los aspectos más polémicos de la egiptología. Hace ya más de cincuenta años que el investigador K. Sethe lanzó la hipótesis, basada en la interpretación de los Textos de las Pirámides, de que antes de la unificación atribuida a Menes los egipcios habían estado gobernados por dos reinos rivales, reinos formados por el reagrupamiento de diversos nomos. Tras la lucha por la hegemonía había vencido el reino del norte, estableciéndose la capital en Heliópolis, en la actualidad bajo un barrio de El Cairo. Si estos hechos fueran ciertos habría que colocarlos en una fecha próxima al −3600, y relacionarlos, siguiendo a J. Vercoutter, con la penetración de la cultura geerzense en el horizonte amratiense.

Esta unificación sería efímera —siempre en la hipótesis de K. Sethe— y de nuevo hubo dos Estados reinantes, uno con capital en Nekkeb —actual El-Kab— en el sur y otro en Buto, en el Delta. Los reyes de estos dos estados serían los que aparecen en el Papiro de Turín y que el profesor Kaiser identifica con los semidioses de la Historia de Manetón, es decir los «Seguidores de Horus», *Shemsu-Hor*, término que también se aplicó a un tipo de funcionarios en época plenamente dinástica. Este grupo de reyes estarían también citados en la Piedra de Palermo, lista realizada en la dinastía V y que demostraría que los egipcios de aquella época estaban realmente convencidos de la existencia de reyes anteriores a la primera dinastía manetoniana. Estos dos reinos mantendrían una rivalidad que sólo terminaría con la conquista del norte por el sur en una fecha próxima al −3000 (Edwards).

La hipótesis ha sido refutada en varias ocasiones y vuelta a formular con diversas variantes por diferentes investigadores pero esencialmente no es imposible. El ya citado profesor Kaiser ha plantado la posibilidad de que esta segunda unificación hubiera tenido lugar un siglo antes de la fecha comúnmente propuesta, dado que una tradición tan unánime de «Seguidores de Horus» indica una memoria colectiva documentada en su tiempo, y no puede ser rechazada de plano.

Los ataques a la interpretación de K. Sethe han venido de mano de los argumentos en contra de valorar el material mitológico como corriente de contenidos históricos, ya que puede pensarse que fue construido por los «colegios» de sacerdotes de los templos oficiales del Reino Antiguo (Frankfort, por ejemplo). Es difícil tomar una postura en una materia tan controvertida, pero parece necesario recordar que las líneas de la evolución social hacia el Estado tal y como han sido estudiadas por antropólogos de diversas escuelas pasan por el hecho de presentar agrupaciones territoriales de fuerte autoridad jearquizada que desembocan en procesos de luchas previos a la constitución de entidades superiores que los agrupan posteriormente. La arqueología del Predinástico egipcio no niega esas posibilidades teóricas, y la existencia de culturas desarrolladas en el sur como en el norte en los alrededores del −4000 puede significar la existencia de enclaves cuya estructura social y política pueda definirse como de cacicato o señorío; todavía no un Estado, pero sí a un paso de él. De tal forma, la discusión sobre la existencia de Estados previos a un Estado superior pasa por el análisis del concepto de Estado presente en la mente del investigador. Por otra parte no puede negarse que en la constitución definitiva del Estado egipcio los elementos culturales que parecen ser su base fundamental tuvieron una procedencia meridional. La razón estribaría en que fue el Alto Egipto el vencedor y, por lo tanto, quien impuso su cultura. Ahora bien, si los reyes del sur fueron conquistando poco a

poco el territorio valle abajo enfrentándose a coaliciones de nomos o si por el contrario, lucharon contra un solo Estado, es algo que no puede afirmarse ni negarse todavía, pero hay un documento que apunta hacia la primera posibilidad.

Se trata de una cabeza de maza piriforme, de carácter votivo, procedente de las excavaciones de Hieracónpolis. Está tallada en piedra caliza y presenta tres registros en la pequeña parte conservada. En el registro superior están representados los emblemas de los nomos del sur de cada uno de los cuales pende, muerta, el ave *rekhit*, que debía simbolizar a las poblaciones del Delta vencidas. En el registro siguiente el rey Escorpión, con un instrumento agrícola en la mano, parece abrir un canal, sin duda un acto simbólico, mientras que el cortejo que le acompaña festeja el hecho. En el registro inferior se aprecia una escena de trabajo agrícola rodeada de canales o de un brazo del Nilo. Para Vandier se trata de la victoria sobre gentes del norte, pero no seguida de la asimilación del territorio puesto que el rey porta solamente la corona blanca del Alto Egipto. ¿Se trata del episodio de una guerra de conquista del norte por parte del sur o, por el contrario, de lucha mantenida por las gentes del Norte para sacudirse el yugo establecido anteriormente sobre ellos por el vecino del sur? La respuesta a esta pregunta es necesariamente delicada. No es posible saber la fecha de la cabeza de maza del rey Escorpión pero su valoración estilística la hace próxima, aunque anterior, a otros documentos, los que hablarán de la Unificación.



El escriba Heti
Dinastía V
Museo Pelizaeus. Hildesheim

II. La Unificación y el período arcaico

1. La Unificación

El rey Escorpión murió sin ver Egipto unido y pacificado. Es posible que se coronara como rey del Bajo Egipto según pretende Arkell, si la lectura de un fragmento de cabeza de maza de la colección Petrie es correcta. En ella puede verse a un rey con la corona del Bajo Egipto, pero el signo de su nombre está muy borroso. Coronado o no Escorpión en las Dos Tierras, Egipto siguió siendo escenario de guerras y sus sucesores inmediatos los protagonistas principales.

El siguiente rey fue probablemente el Horus Ka, si es que está correctamente leído (Edwards). El nombre aparece en una tumba de Abydos en cuya necrópolis se encontró también el del Horus Narmer. Con este último rey la documentación se vuelve más precisa y pueden deducirse ciertos acontecimientos.

La célebre paleta del Horus Narmer es una pieza de extraordinario significado. Esculpida en esquisto verde fue ofrecida por Narmer, tras la victoria sobre el norte que en ella se representa, en el santuario de la diosa-buitre Nekhbet, protectora de la realeza del sur, con sede en El-Kab, antigua Hieracónpolis. En sus dos caras contemplamos escenas que se repetirán en toda la iconografía faraónica posterior. El rey, representado de mayor estatura que el resto de los personajes aparece en el anverso con la corona roja del norte; precedido de portaestandartes y de un personaje a quien Helck atribuye una función sacerdotal. Al soberano le sigue su portasandalias y frente al grupo aparecen alineados en el suelo diez enemigos decapitados. En el registro inferior un toro simboliza al rey en el acto de destruir una fortaleza. En el reverso el monarca porta la corona blanca del Alto Egipto, mientras el Halcón Horus le presenta a un enemigo atado con una cuerda cuya cabeza emerge de la planta del papiro, símbolo del Delta. Narmer descarga un golpe sobre la cabeza de un prisionero del nomo del arpón. La paleta está coronada en ambas caras por el nombre de Horus del rey, es decir la figura del halcón sobre la fachada del palacio. A ambos lados dos representaciones de la diosa Hathor, asociada a la realeza de Horus desde tiempo inmemorial.

Otro documento del mismo rey está constituido por una cabeza de maza, también procedente de Hieracónpolis. En ella Narmer está representado bajo un baldaquino llevando la corona roja del Bajo Egipto. Le acompañan los mismos personajes que aparecen en la paleta, pero delante del

rey está representada una figura sentada en una silla de manos, que Emery identificaba con una princesa del norte. Le siguen prisioneros y un gran número de cabezas de ganado cobrado en botín. La presencia de una garza real, símbolo de la ciudad de Buto, en el Delta, parece aludir, de nuevo, a una derrota de éste.

Las dos piezas citadas presentan una información pictográfica y jeroglífica al mismo tiempo: narran mientras representan. Los elementos constitutivos del sistema de escritura están ya formados, su desarrollo durante las dinastías del Reino Antiguo completarán su período de madurez. Al mismo tiempo se define la iconografía del poder. Los altos cargos, cuyas funciones sacerdotales y administrativas se confunden tal vez, están ya en embrión.

El nombre del Horus Narmer aparece en otros documentos, e incluso en el cementerio real de Abydos; pero tal vez el lugar más significativo sea la pared rocosa del Wadi-el-Qash, en la ruta comercial que unía Coptos, en el Alto Valle, con Quseir, lo que demuestra tal vez que la actividad del rey no se centró únicamente en lo militar. Narmer es el faraón de una dinastía que reina ya sobre todo Egipto. Pero reinar puede no significar gobernar y controlar el territorio y a sus habitantes. Cabe preguntarse si esta conquista de Narmer constituye o no la Unificación que las fuentes históricas y la tradición egipcia posterior adjudicaron a Menes. De la interpretación de estas fuentes y de su justa valoración depende considerar con qué rey comenzó realmente la primera dinastía.

El agrupamiento de los faraones en casas dinásticas se debe a Manetón, sacerdote egipcio de Sebenitos que escribió su «Historia de Egipto» por orden del rey Ptolomeo II Filópator a principios del siglo III a.d.C. Del resumen de su obra, hoy perdida, hicieron mención otros historiadores como Flavio Josefo, Africano y Eusebio. Manetón recogió la tradición egipcia que hacía de Menes el fundador de Menfis y de la primera dinastía. El dato está ratificado por la lista de Abydos y por el papiro de Turín. La lista de Abydos fue mandada hacer por el faraón Seti I en un corredor de su templo en esa localidad para honrar a sus predecesores en el trono. El papiro de Turín, llamado también Canon Real, es un documento copiado de los archivos de la cronología real; comienza la mención de reyes desde mucho antes de Menes, pero algunos de estos nombres son de difícil lectura dado el mal estado del papiro.

El otro documento ya mencionado, de extraordinario relieve para este período, es la Piedra de Palermo, verdadero testimonio de los anales de los reyes anteriores a Neferirkare. De los diez nombres que menciona uno de sus fragmentos, según Breasted, siete llevan la doble corona. Sin embargo, el nombre de Menes no puede leerse aunque Gardiner apuntó que la disposición de los reinados apoyaba la creencia de que en la época en que se redactó, la quinta dinastía, los egipcios estaban convencidos de que Menes había sido el fundador de la primera.

A estas listas reales hay que añadir la existencia de otros documentos arqueológicos en los que puede leerse, aunque no sin polémica, el nombre de Menes: uno de ellos es un cilindro-sello procedente de Abydos en el cual aparecen juntos el grupo jeroglífico *men* y el nombre *narmer*. El otro es una tablilla encontrada en Nagada en la cual el nombre de *hor aha* aparece precedido del signo *men*. En ambos casos está claro que el signo *men* está colocado bajo las diosas Nekhbet-buitre y Uadjet-cobra, protectoras de la realeza del sur y del norte, respectivamente. Es decir representa el llamado «nombre de las dos Damas» o nombre *nebti* que junto con el nom-

bre de Horus y el de *nesu-bit*: «rey del Alto y Bajo Egipto», escrito mediante el junco *nesu* y la abeja *bit*, que simbolizan las Dos Tierras, constituirán los tres títulos del protocolo real. El tercer nombre: *nesu-bit* no está atestiguado hasta Udimu, pero ello no impide que pudiera existir antes. A partir de la quinta dinastía se añadirá un título más *sa-re*: «hijo de Re».

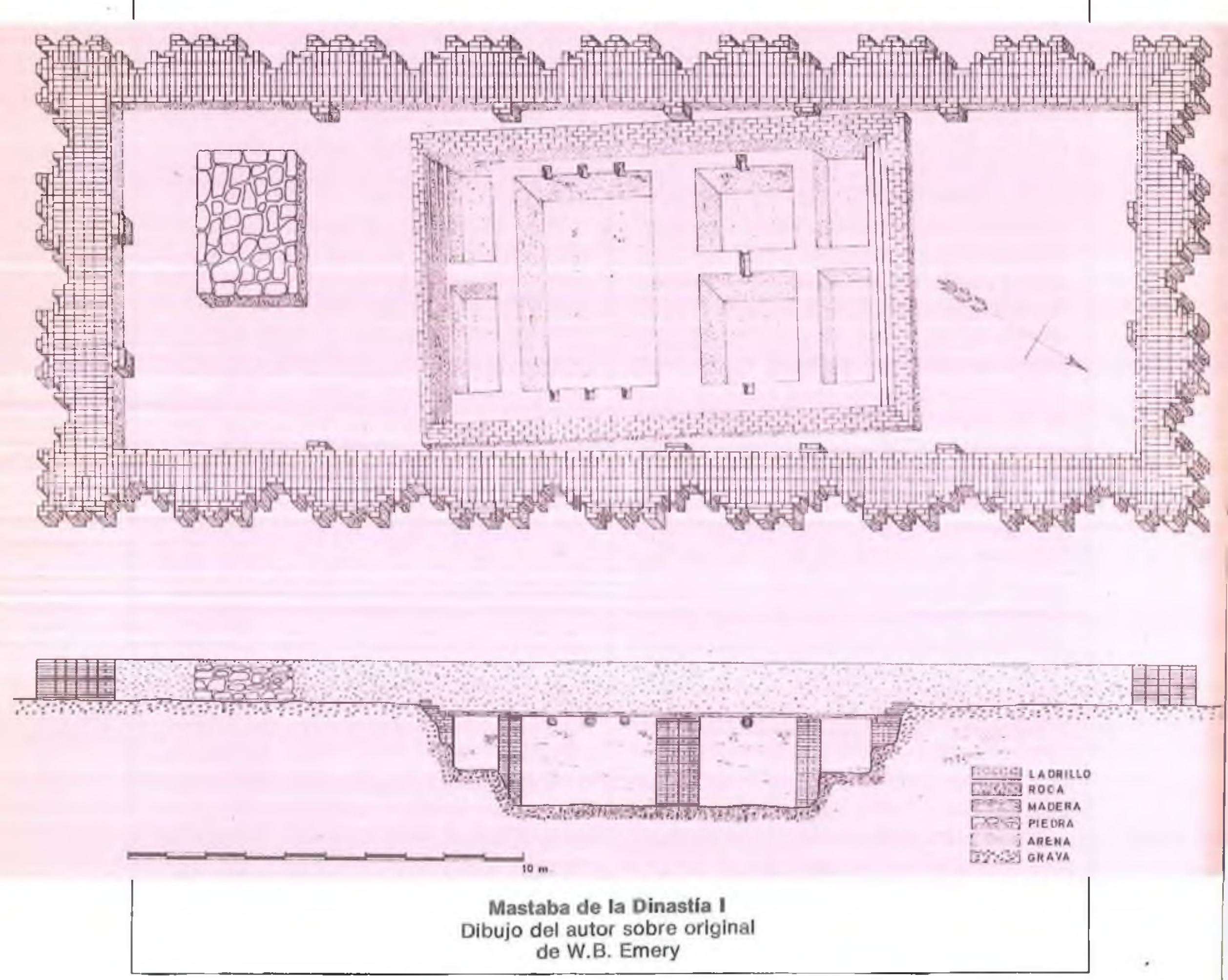
Visto lo anterior es fácil advertir que si un rey podía ser citado solamente por alguno de sus nombres no debe extrañar que diferentes líneas documentales, como Manetón por un lado, las listas reales por otro y los monumentos arqueológicos en tercer lugar, citen al mismo rey por sus diferentes nombres. La identificación de Menes se plantea como necesaria e inmediata, pero ¿con quién?

Otros factores deben ser tenidos en cuenta. Del Horus Aha, cuyo significado «el halcón combatiente» está cargado de simbología, se conocen, además, otros documentos contemporáneos que muestran a este rey conmemorando una victoria en Nubia, recibiendo tributo de los libios y fundando un templo a la diosa Neith, patrona de Sais, en el Delta. Como sus habitantes habían sido combatidos de forma reiterada, la fundación de un templo en su territorio sólo puede entenderse como un gesto amistoso por la consecución de una convivencia pacífica. Es en este sentido que Vandier considera que la mujer de Aha, Neithhotep cambió su primer nombre por éste, que al estar compuesto con el de la diosa Neith significaría un acercamiento a las tradiciones religiosas del norte. Pueden conjugarse todos estos factores para entender que el Horus Aha fue un luchador por la Unificación y un hábil diplomático por la paz.

Por lo expuesto se puede pensar que la Unificación no fue un hecho puntual y único, sino un proceso al final del cual Egipto quedó unido bajo un solo monarca. Y es al llegar a este punto cuando los investigadores se muestran en desacuerdo. Para Emery el rey Menes es identificable con Narmer, siendo Neithhotep su esposa y Aha el hijo del matrimonio. El término *men* sería el nombre nebti de los dos reyes, padre e hijo. Pero si se identifica al Horus Aha con Menes no se excluye la segunda premisa, lo que daría dos reyes con el nombre *nebti* común que son confundidos por la tradición posterior en una sola persona. Finalmente hay una tercera posibilidad: el Horus Narmer, rey Menes, cambió su epíteto por el de Horus Aha tras la victoria sobre el norte. Se podría aducir que dado el significado del término *aha*, visto más arriba, no tendría demasiado sentido adoptar este epíteto tras la conquista y en vías de una política pacificatoria. En todo caso sólo la aparición de nuevos documentos podría decidir la cuestión en favor de una de las tres hipótesis.

Para los egipcios de épocas posteriores, con Menes, sea quien sea, se cerró un periodo de luchas al final del cual el Valle del Nilo fue unificado bajo el gobierno de una monarquía teocrática de carácter absolutista que procedía de la región de Tinis, en las proximidades de Abydos, donde se hizo enterrar. Estos monarcas habían desplazado a una dinastía más antigua pero que sólo controlaba el Alto Valle. La llamada tumba de Nagada, lugar de enterramiento de esa familia, algo al norte de Hieracónpolis, sería en opinión de Vandier del padre de Neithhotep y suegro de Aha, y no la de este rey, como han planteado otros autores, que se enterraría en Abydos. Neithhotep y su padre serían, entonces, los últimos descendientes de esa familia aristocrática de Nagada, monarcas en otro tiempo y con la cual se vincularía el grupo dinástico representado por Menes de Tinis, que se aseguraría así el control del Alto Valle y su apoyo para extender su dominio a todo Egipto.

Abydos será el lugar sagrado de reposo de los reyes de las dinastías tinitas que se seguirán enterrando allí aunque desplacen el centro político más al norte, a la «Muralla Blanca», Menfis, cuya fundación la leyenda también atribuye a Menes. La importancia dada a Abydos como lugar de enterramiento sólo es comprensible si desde muy antiguo fue necrópolis de la dinastía de reyes que propugnaron y consiguieron la Unificación. Según el profesor Kaiser esta dinastía habría contenido entre diez y doce monarcas de los que sólo los últimos serían conocidos e identificados como Escorpión, Ka, Narmer —(Menes)— Aha. Para este investigador la dinastía terminaría con Djer y Uadji, marcándose el comienzo de la propiamente dicha primera dinastía con el Horus Udimu, rey Den, o con su sucesor Adjib (Enezib) según cierta tradición recogida en la lista real de Sakkarah. Posteriormente los egipcios reconstruirían su pasado medio olvidado dando a Menes, nombre *nebti* de dos de sus reyes el peso global de la Unificación como si hubiera sido un hecho único y puntual, haciéndole, para mayor relieve, el fundador de la primera dinastía. La hipótesis tiene muchas probabilidades de ser cierta, aunque en las líneas que



Mastaba de la Dinastía I
Dibujo del autor sobre original
de W.B. Emery



Paleta de Narmer.
Anverso y reverso
Museo El Cairo

siguen se agrupará a los reyes tinitas según la clasificación manetoniana.

2. Primera Dinastía

Si la última fecha ofrecida por Hassan para el Horus Aha es correcta habría que emplazar su reinado hacia −3100, lo que mantendría los acontecimientos dentro de la cronología generalmente aceptada, tanto si es el hijo del Horus Narmer, rey Menes, como el propio Menes de la tradición.

La importancia histórica del rey Aha está fuera de toda duda y así hablan los variados objetos señalados con su nombre cuyo significado se ha visto anteriormente. Su tumba se encontró en Abydos, como ya se ha señalado, y de ella procede una tablilla de marfil conteniendo su nombre, la mejor realizada de todas las del período. De la tumba que, en Sakkarah,

Emery atribuye a este rey proceden cientos de vasijas con su nombre y es de destacar la presencia de una estructura que parecía destinada a una barca solar. Hoy día, sin embargo, está más generalizada la opinión de que la necróplis de Sakkarah fue levantada para los altos funcionarios del período. Puesto que es datable a partir de Aha y no antes, es necesario constatar que es en su reinado cuando toma importancia la región en que se encuentran tanto esta necrópolis, como Menfis y Helwan. Si por otro lado tenemos en cuenta que según Herodoto el constructor de Menfis fue Menes, desviando para ello el río, hay que terminar admitiendo que es el rey Aha el que tiene más probabilidades de ser aquél que la tradición identificó con Menes. Se le atribuiría además la fundación de la Primera Dinastía, pero esto último, según las recientes investigaciones sólo prueba que los egipcios forjaron una leyenda al margen de sus documentos de archivo.

De los reyes que le sucedieron se conoce poco más que su nombre. Aunque el orden de sucesión está establecido con seguridad es mucho lo que se ignora en detalle. Su identificación en las diversas listas y en la tradición griega al mismo tiempo, no es siempre posible o, cuando menos, lo es a base de conjeturas. La relación para la llamada «Primera Dinastía» sería la siguiente: Djer, Uadji, Udimu, Andjib, Semerkhet y Qaa.

Del primero de ellos se conocen diversas piezas arqueológicas que llevan su nombre, nombre que algunos investigadores prefieren leer Edjo (Gardiner) o Adjo. Las listas reales lo mencionan como Itety, que sería su nombre *nebti*, y Manetón como Kenkenes. Una paleta de alabastro encontrada en Sakkarah lo muestra machacando a un enemigo, tal vez libio, y en un grafito rupestre cerca del Wadi Halfa unas figuras a las que acompaña el signo de su nombre parecen probar un ataque a Nubia. Su tumba, encontrada en Abydos, es algo más grande que la de Aha y en ella se hallaban joyas y objetos de orfebrería. Materiales de cobre, vasijas y herramientas pueden relacionarse con él en Sakkarah (Emery).

El siguiente monarca, el Horus Wadji (o Djet según algunos estudiosos) de nombre *nebti* Iterty es bien conocido por la estela que lo representa con el signo de la serpiente. Estas y otras piezas prueban una cierta perfección artística para este reinado. Se puede pensar que durante el mismo se inició una expedición por la ruta del Mar Rojo, tal vez para explotar recursos minerales. El profesor Gardiner, analizando un peine de marfil, piensa que en su reinado puede atestiguarse una cierta atención al dios solar Re y su posible fusión con Horus.

El reinado de Udimu (leído por otros Den) está relativamente mejor documentado, dentro de la general penuria de datos del período. Aparece por primera vez el título *nesu-bit*, lo que literalmente significa «Aquel que pertenece al junco y a la abeja», elementos representativos del Alto y Bajo Egipto. Su nombre *nebti* era Semti, lo que en el Reino Nuevo dio Hesepti y en griego Usaphais. Se conoce la celebración de la fiesta del jubileo sagrado, *sed*, que puede identificarse tanto en dos tabletas de marfil como en los Anales de la Piedra de Palermo.

Durante el reinado de Udimu parece que se renovaron las actitudes conciliatorias con el Delta, así lo pueden probar tanto la presencia de otra tableta de marfil que representa la visita del soberano a un santuario del Bajo Egipto, como el nombre de su mujer: Merneith, compuesto con el de la diosa de Sais. Otra pieza de marfil con la leyenda «Primera vez que se golpea al Este» parece hacer alusión a una expedición contra los beduinos a la que hace referencia la Piedra de Palermo. Ciertos progresos se aprecian en materia de arquitectu-

ra con referencia a la tumba del rey: por primera vez se construyó con bloques de granito.

Udimu debió morir antes de la mayoría de edad de su hijo Adjib por lo cual su viuda fue reina gobernadora. La magnificiencia de su tumba hizo pensar que se trataba de un rey, y no faltan investigadores que difieren en la interpretación de su parentesco real.

El nombre *nebti* de Adjib era *merpe-bia* lo que en las listas del Reino Nuevo se transformó en *Mer-bia-p*, que dio Miebis en griego. Sobre los acontecimientos de su reinado hay que volver a los Anales de Palermo para conocer dos victorias del rey sobre enemigos, presumiblemente en las fronteras del país; la celebración de la fiesta *sed*; fundaciones y actos religiosos y, lo más significativo, el establecimiento de un censo en Egipto. El siguiente monarca, el Horus Semerkhet, de nombre *nebti* Irynetjer, debió ser un usurpador, puesto que destruyó los materiales arqueológicos en donde estaban escritos los nombres, bien de Adjib o bien de Merneith, pero el sufrió la misma operación por parte de quien le siguió en el trono de Egipto, el Horus Qaa, *nebti* Senmu, pero que en las listas del Reino Nuevo aparece con el nombre de Kebhu, por confusión en los signos empleados. De estos últimos dos reyes sólo se sabe lo que puede leerse en los Anales de Palermo, y es la celebración del festival de jubileo o fiesta *sed*.

3. Segunda Dinastía

Es indudable que Manetón debía tener sobradas razones para dar un corte al finalizar el reinado del Horus Qaa, tal vez en función de la documentación de que pudo disponer. Efectivamente, una nueva familia toma el poder en Egipto y rompe con algunas costumbres puesto que deja de enterrarse en Abydos, por lo menos hasta el reinado de Peribsen. Es posible que fuera originaria de Menfis, pero nada se puede decir con certeza. Sobre la identificación de los nombres aparecidos en los documentos contemporáneos y su relación con los que se citan en las listas del Reino Nuevo y en Manetón hay serias discrepancias entre los investigadores, sobre todo por lo que se refiere a los últimos soberanos de la dinastía.

De los cinco primeros reyes se puede decir que hay certeza en su sucesión: 1) Horus Hetepsekhemuy, rey Hetep, en Manetón Boethos, por el Bedjau de las listas. 2) Horus Nebre (o Reneb), rey Nubnefer, Kakau en las listas y Kaiechos en Manetón. 3) Horus Ninutjer, de nombre *nebti* igual, Banutjeren en las listas y Binothris en Manetón. 4) Rey Weneg, Uadjnas en las listas, Tlas en Manetón. 5) Rey Senedj, Sendi en las listas, Sethenes en Manetón.

A partir de este rey las listas mencionan seis más y Manetón cuatro, con sólo dos concordancias; pero nada puede decirse de ellos. El siguiente rey cuyo nombre aparece en materiales arqueológicos es el Horus Sekhemit Perenmaat que tras determinados incidentes cambió su nombre de Horus por un nombre de Seth, Peribsen, aunque hay autores que aseguran que pudo llevar los dos nombres al mismo tiempo (Sainte-Fare Garnot). Es difícil conjeturar lo que ocurrió exactamente pero se debió suscitar algún problema con el norte porque el rey Peribsen rompe con la costumbre de sus antecesores en la dinastía y se hace enterrar en Abydos, antiguo centro funerario cargado de simbolismo religioso desde el predinástico. Todas las apariencias apuntan en una misma dirección: la unidad entre norte y sur se ha roto de nuevo. Aunque se ha apuntado que Peribsen pudo ser un usurpador que se levantó en armas contra el régimen establecido, la opinión más generalmente admitida hoy considera que Peribsen tuvo que replegarse al Alto Egipto a causa de la secesión del norte. Durante la

dinastía IV su culto funerario y el de un antecesor, Senedj, se mantuvo en Sakkarah, lo que podría ser un argumento, aunque no definitivo, para considerar que no era un usurpador. Y si no lo era, tampoco hay que ver en él al protagonista de un cisma religioso. Aunque, como ya indicó Gardiner, es sorprendente que replegándose al norte no se vinculara más, y solamente a Horus, no podemos excluir una relación étnica o política a ciertos clanes seguidores de Seth. De todas formas, si la lectura de Sainte-Fare Garnot es correcta «Los deseos de los dos se revelan», su nombre no implica traición a Horus. Es posible que las luchas habidas en su reinado sean una consecuencia de situaciones heredadas, pero los incendios que se aprecian en las necrópolis de Abydos y Sakkarah que algunos investigadores atribuyen a su reinado (Lauer) pueden ser ubicados con más lógica en el de su sucesor inmediato: Khasekhem.

Según la documentación encontrada con el nombre de este rey en Hieracónpolis, vasijas de alabastro y de piedras duras, así como dos estatuas que representan al rey sentado, se puede conjeturar que combatió revueltas en el propio territorio del Alto Egipto en el mismo año que reconquistó el Bajo, según reza la inscripción en las vasijas. Todo lo anterior parece apoyar la hipótesis de que se habría atravesado un período de anarquía.

En la base de las estatuas de Khasekhem, tanto en la de El Cairo como en la de Oxford, se representa una escena de enemigos en número muy elevado y en la estela de este mismo rey aparece una cabeza cuyo tipo físico corresponde al mismo representado en la paleta de Narmer para los habitantes del Delta y que Gardiner identifica como libios. ¿Es posible preguntarse si el Bajo Egipto recibió incursiones de pueblos del oeste que fueron los causantes de la secesión del norte durante, o tal vez antes, del reinado de Peribsen? No puede darse una respuesta categórica, en todo caso cabe pensar que Khasekhem devuelve la unidad al país. Tal vez entonces cambió su nombre por el de Khasekhemuy, explicación que no iría en contra de una cierta tradición, sobre todo si tenemos en cuenta que la lectura de su nombre *nebti* sería *Hetep-nebui-imiuief*, es decir «los dos poderosos que están en él se han reconciliado» (Sainte-Fare Garnot) aludiendo a Horus y a Seth posiblemente como personificación de las Dos Tierras, y no, como es frecuente interpretar, en relación con la supuesta traición de Peribsen al significado de Horus como dios del norte, lo cual por otra parte es falso, como ya estudió Frankfort, en contra de las teorías de Sethe, luego divulgadas por Pirenne.

Estos son los acontecimientos que se pueden conocer a través del material arqueológico, puesto que los nombres Peribsen, Khasekhem y Khasekhemuy no aparecen ni en las listas de reyes ni en Manetón, teniendo en cuenta, además, que los nombres que nos dan estas dos fuentes documentales no pueden relacionarse entre sí y nada se conoce de los personajes a los que pudieran corresponder. Hay un caso, sin embargo, sobre el que se puede estar medianamente seguro: en la Piedra de Palermo Khasekhemuy aparece como el penúltimo rey de la dinastía, mientras que en las listas de Abydos y en el Papiro de Turín se citaba en último lugar un rey Nebka, que hoy se identifica con el Horus Sanajt (Vandier). Puesto que Nimaat-apis, mujer de Khasekhemuy, es citada en época de Djeser como «madre real», es evidente, por éste y otros testimonios (Lauer) que Sanajt y Djeser son hermanos e hijos de Khasekhemuy. Así pues, el paso de la segunda a la tercera dinastía se produjo sin solución de continuidad y lo mismo da considerar al Horus Sanajt, rey Nebka, hermano mayor de



Estela del rey Djet
Museo del Louvre.

Djeser, como el último rey de la dinastía II que como el primero de la III, para lo cual habría que identificarlo con Nejerofes, primer rey de esta última dinastía según Manetón. Como ya es costumbre seguir la tradición manetoniana se cierra el Período Tinita con el rey Khasekhemuy, estimando que, por otra parte, a su reunificación puede dársele un cierto sentido simbólico.

4. El significado del Período Tinita

Menfis —el muro Blanco—. Una ciudad que será desde ahora centro político de nuevo cuño. Desde ella se administra un Estado, se establece un ritual de sucesión y se crea una teología. La familia dinástica procedente de Tinis se ha instalado en el norte.

El texto de la teología Menfita, conservada en una estela erigida por el faraón Shabaka de la dinastía XXV, hace de Ptah, originario de Menfis, un dios primordial creador de los demás dioses por el acto de la voluntad, la lengua y la inteligencia, es decir el corazón, según la concepción egipcia.

«Manifestándose como el corazón y la lengua, bajo el aspecto de Atum, Ptah es el Grande. El es quien ha dado la vida a todos los dioses y a sus *Ka* por medio de su corazón en el cual Horus es Ptah y por medio de su lengua, en la cual Thot es Ptah. Y ello porque el corazón y la lengua ejercen su poder sobre todos los miembros por el conocimiento de que el corazón está en todo cuerpo y que la lengua está en toda boca, de todo dios, de todo hombre, de toda bestia, de todo ser que se arrastra, y de todo lo que vive, puesto que el corazón concibe y la lengua ordena todo lo que desean.»

Esta teoría del verbo creador es, sin duda, el testimonio más antiguo de la filosofía egipcia, texto que ensalza a Ptah por encima de la concepción heliopolitana; y aunque la redacción del documento original perdido no pueda ser fechada, es indudable que se remonta a los primeros momentos de la instalación en Menfis (Wilson). Definición teológica y organización del poder teocrático son inseparables y sobre este pilar se edifica el concepto de la realeza egipcia. La organización administrativa será sólo una consecuencia. La Piedra de Palermo cita, para la primera y la segunda dinastía la celebración de la fiesta de Sokar dios de la necróplis menfita, asociado a Ptah. Es posible que ya entonces fuera este dios relacionado al buey Apis, animal sagrado de la región, pues veremos su nombre en el de una esposa real: Nimaat-apis, mujer de Khasekhemuy. Es posible que ello estuviera en función de la importancia dada a la «gran esposa real», ya en este período, puesto que en la Piedra de Palermo se cita a la madre después del nombre de cada rey.

Lo tribal está todavía cerca, matrilinealidad, dioses de los nomos, animales totémicos (?); pero el Estado está perfectamente organizado, la religión de Horus, el rey vivo, y Osiris, el rey muerto, queda constituida.

Durante las dos primeras dinastías aparecen documentados gran parte de los dioses que conoceremos en períodos posteriores y el análisis de las necrópolis, Abydos, Sakkarah, Helwan Nagada, Tarjan, Guiza, etc., permite reconstruir tanto las costumbres funerarias como la estructura de la sociedad tinita (Emery).

A pesar de ser Menfis el centro político los reyes siguieron enterrándose en el recinto sagrado de sus antepasados, en Abydos, cerca de donde estaría su lugar de origen: Tinis. La aristocracia más alta se enterró en Sakkarah y los funcionarios en Helwan. Allí se puede documentar la difusión de la religión de Osiris entre las clases altas. En Abydos se documentan sacrificios humanos de servidores junto a la tumba del rey, que desaparecerán paulatinamente.

El desarrollo de las costumbres funerarias sigue paralelo con el de la

arquitectura de idéntico fin. El progreso de la tumba es simplemente la lucha contra los saqueadores; la momificación no aparece todavía, el muerto se encierra en cofre de madera, madera que hay que importar de Asia. Los tipos de tumba nos señalan las clases sociales: 1.º, reyes y alta nobleza; 2.º, aristocracia; 3.º, oficiales y artesanos; 4º, campesinos (Emery).

Las primeras construcciones son de adobe. Así debía ser el muro «blanqueado» de Menfis, o el templo de Khentamentiw en Abydos. La madera de conífera, muy probablemente del Líbano, se utiliza con abundancia como trabazón de las estructuras funerarias. Pero en el reinado de Udimu surge la tumba de piedra.

El sistema de escritura hace largo tiempo que está formado, posiblemente desde el Geerzense más antiguo. Y desarrollado plenamente puesto que cuenta con signos fonéticos y sistema decimal. Se escribe sobre piedra, madera, papiro, cuero de animal, así como sobre marfil y cerámica. Los sellos de las jarras y los rótulos sobre tablillas, encontrados en las tumbas, son las fuentes más importantes para reconstruir la sucesión real y la administración. Aparte del texto sobre la Teología Menfita hay, al menos, dos evidencias sobre documentos de este período: un escrito sobre la fiesta de Hathor en Dendera y un tratado médico sobre cirugía de huesos (Edwards).

De la lectura de los breves rótulos surgen nombres y cargos: «administrador de las finanzas de la Casa Blanca» (tesorería del Alto Egipto), «portador del sello de todos los escritos del Sur», «canciller de los tributos del Norte», «administrador del dominio», etc. Se discute, incluso, si existe ya el cargo de visir y algunos autores identifican como tal al personaje que se representa ante el rey en la paleta de Narmer, así como en las inscripciones de Aha y de Udimu (Strudwick).

El elevado porcentaje de la producción artesanal prueba un gran excedente en comparación con el período inmediatamente anterior, y muestra el camino que seguirá la producción hasta alcanzar las elevadas cotas que se pueden apreciar en momentos posteriores, cuarta dinastía, por ejemplo. Sin embargo, parece que puede deducirse una cierta limitación de disponibilidad de recursos por parte de los reyes tinitas frente a una cierta autonomía de la redistribución local en las comunidades de aldea. Así habrá que entender tanto las revueltas y secesiones del período como el hecho de que los nobles presenten cierta independencia, visible en la distribución del espacio en las necrópolis (Trigger sobre Emery). Tal vez se pueda pensar que el carácter sagrado de la realeza la une más al jefe primitivo que al imperio teocrático en su pleno desarrollo. El carácter de Gran Hombre redistribuidor de la realeza tinita le impide aparecer, todavía y posiblemente, como depositario total de la tierra, pero ésta es sólo una impresión no comprobada totalmente. Al final del período el faraón-dios será el único que detentará el derecho de propiedad sobre todo Egipto.

El desarrollo tecnológico alcanzado por el artesanado llega a su cenit (Trigger). Rota la autosuficiencia de las aldeas, integradas en un sistema global, sus posibilidades de desarrollo pasan a manos del poder central. La capacidad de estímulo desaparece. El dominio técnico, que depende de la demanda de la clase dirigente ha alcanzado un nivel muy alto, pero que nunca sobrepasará.

El cuadro de las clases sociales cristaliza. De ahora en adelante, tres mil años de Historia contemplan leves cambios, matices en el sistema. El esquema general de creencias y valores se mantendrá prácticamente igual. La civilización egipcia ha llegado a su mayoría de edad, con los siglos se hará, eso sí, más compleja.

III. El Reino Antiguo

Existe una desproporción evidente entre el conocimiento de la historia cultural del período y el de su historia política. Los hallazgos arqueológicos son abundantes si los comparamos con los textos sobre piedra o papiro.

La reconstrucción histórica se cimenta más en conjeturas sobre el material existente que sobre textos específicos. La Piedra de Palermo hace mención de hechos no excesivamente relevantes mientras que las autobiografías de particulares contenidas en sus inscripciones funerarias son excesivamente puntuales y personalistas.

Los textos de las Pirámides, inscritos en las tumbas de algunos reyes y reinas de las dinastías V y VI ilustran bastante bien sobre la consolidación de las creencias religiosas. Las llamadas «Enseñanzas», de Kaghemni, de Ptahhotep, etc., abundan en aspectos sobre la conveniencia de una determinada conducta. Pero es evidente que esto no son sino pobres muestras de la documentación elaborada durante quinientos años. Innecesario es repetir, por lo tanto, que la mayor información es la que se desprende de las obras de arte y sobre todo de la arquitectura monumental, en cuyas técnicas fueron sumamente hábiles. No es en vano que se denomine al período «La época de las Pirámides».

1. Tercera dinastía

Como ya se ha indicado líneas atrás el tránsito de la dinastía II a la III viene determinado por la herencia real de Khasekhemuy, cuyo hijo mayor, el Horus Sanakht, rey Nebka, debió ser el constructor de la mastaba inicial de la Pirámide de su hermano y sucesor el Horus Netjerikhet, rey Djeser.

Este rey atrae y centra la atención dentro de la dinastía. La sorprendente construcción de su recinto funerario llevada a cabo muy probablemente por su visir y arquitecto Imhotep, cuyo nombre apareció inscrito entre el material arqueológico de la necrópolis de Sakkarah, llegó a hacerse tan famosa que cientos de años después se seguía visitando fervorosamente. De la política de este rey sólo puede decirse que se afianzó en Menfis como capital, como así lo prueba la proximidad de su tumba. Esta primera gran construcción funeraria muestra una capacidad organizativa de la fuerza de trabajo que sólo pudo darse tras el impulso dado a la administración y al sistema de explotación por las dos primeras dinastías. Es posible que emprendiera alguna acción en la zona nubia denominada después «do-

Mapa de Egipto durante el Reino Antiguo

MAR MEDITERANEO

Samannud
Abusir
el-Rubcalyin
Tell Basta
Tell el-Rataba
Kom Abu Billo
Tell Atrib
Tell el-Yahudiya
Ausim
Heliópolis
Abu Rawash
Giza
Abusir
Abu Ghurab
Tura
Menfis
Sakkarah
Dahshur
Wadi el-Garawi
Umm el-Sawan
Widan el-Faras
Maidum
Sidmant el-Gebel
Dishasha
Wadi Kharit
Wadi Maghara
Nazlet Awlad el-Sheikh
Qarara
el-Kom el-Ahmar Sawaris
Tihna
Zawyet el-Amwat
Beni Hasan
Deir el-Malik
Shiekh Catiya
Quseir el-Camarna
MAR ROJO
Deir el-Gabrawi
Dara
Farafra Oasis 90 km.
Asyut
Hammamiya
Qaw el-Kebir
Akhmim
Wadi Hamama
Hagarsa
Nagc el-Deir
el-Raqaqna
el-Qasr
el-Mahasna
wa-l-Saiyad
Gebelaw
Abydos
Dendara
Wadi Hammamat
«Naqada»
Qift
el-Dakhla Oasis
el-Tarif
Bir Menih
Karnak
Amhada
Balat
Tod
Gebelein
el-Kab
Kom el-Ahmar
Edfu
Mueilha
Hagar el-Gharb
Gebel el-Hammam
Wadi Abu Agag
Elefantina
Qara
WAWAT
Quban
Umm Cashira
Tumas
Tonqula
Khor
IRTJET
Tushka
Buhen
ZATJU

decasqueno», como parece probarlo una estela de época ptolemaica llamada «del hambre» que reivindica para los sacerdotes de Khum la posesión del territorio «concedido por el Horus Netjerikhet».

De los sucesores de Djeser se puede decir muy poco. El primero es el Horus Sekhemkhet, rey Djeser-Teti constructor de una pirámide inacabada en el mismo Sakkarah (Lauer) y cuyo nombre, como el de sus dos antecesores, figura en una inscripción del Wadi Maghara, en el Sinaí meridional, lo que prueba expediciones organizadas posiblemente en busca de cobre y turquesas.

El siguiente es el Horus Khaba, que empezó a construir la pirámide de Zawret-el-Aryam y cuyo nombre se ha podido confirmar también por vasos en piedras duras (Arkell) pero del que no se sabe más.

Es posible que su sucesor sea un tal Nebkare que cita la lista de Sakkarah, pero nada puede asegurarse.

El último rey de la dinastía es Huni que estableció un control militar en Elefantina y se hizo construir la pirámide de Medum, terminada por Snefrw.

2. Cuarta Dinastía

El año en que se fabricó (para Snefrw) el barco «Alabanza de los Dos Países» de diez (decenas de) codos en madera de *merw* y sesenta barcos de dieciséis (decenas de) codos - Aniquilación del país de los nubios. Prisioneros capturados: siete mil. Cabezas de ganado: doscientas mil. Construcción de la fortaleza del Alto y Bajo Egipto «Los Dominios de Snefrw». Llegada de cuarenta barcos cargados de pinos. Nivel del Nilo: dos codos y dos dedos.

El año en que se fundaron treinta y cinco grandes fincas (para Snefrw) con ciento veintidós animales, se ha construido un barco «Alabanza de los Dos Países» de diez (decenas de) codos en madera de *Merw*. Séptimo censo.- Nivel del Nilo: cinco codos, un palmo, un dedo.

El año en que se le ha construido la «Corona Blanca de Snefrw sobre la Puerta Meridional» y «la Corona Roja de Snefrw sobre la Puerta Septentrional». Fabricación de las puertas del pabellón real en madera de pino. Octavo censo.- Nivel del Nilo: dos codos, dos palmos, dos dedos y medio.

«Anales de Snefrw en la Piedra de Palermo»
(Versión de Roccati)

El presente texto recoge tres de los años del reinado del primer rey de la dinastía IV, seleccionados entre los que pueden leerse mejor del fragmentado documento. Su comprensión permite hacerse una idea del tipo de acontecimientos que merecían ser legados a la posteridad.

Consigna la Piedra de Palermo otros como el enfrentamiento con libios, la confección de estatuas de oro del rey y la construcción de fortalezas. En esta última actividad destaca el primer rey de la cuarta dinastía: terminó la pirámide de su predecesor Huni, como ya se ha visto, y construyó dos pirámides más en Dahshur, una romboidal, otra regular, la primera pirámide verdadera (Edwards).

Snefrw, al cual el Papiro de Turín hace reinar veinticuatro años, sucede a Huni, siendo hijo de éste y de Nimaathep, probablemente, pero se casa con la hija de la esposa principal, su hermana Heteferes, cuyo mobiliario funerario muestra una calidad y belleza excepcionales que prueban la importancia del reinado de Snefrw en producción de objetos de lujo, signo de una riqueza extraordinaria.

El texto ofrecido presenta algunos de los acontecimientos más importantes para juzgar lo anteriormente dicho. La actividad constructiva se complementa con el hecho de conocer al menos dos expediciones para traer madera del Líbano, una de ellas con cuarenta barcos, madera que se empleaba fundamentalmente en la construcción puesto que para objetos pequeños y mobiliario se utilizaban maderas africanas, más duras.

Las guerras, o más bien incursiones, contra los vecinos indican que la

ofensiva de expansión y control de fronteras es ya un hecho. Egipto es un país dirigido por un gobierno centralizado fuerte y estable. A pesar de la tendencia a la exageración en las campañas militares, los especialistas no piensan que se trate de cifras falsas cuando se mencionan siete mil nubios y once mil libios prisioneros. Pero tampoco es necesario acudir al número de prisioneros de guerra para explicar los vastos programas de construcción. El sistema estaba ya creado y funcionaba perfectamente antes de la llegada al poder de Snefrw. Tampoco se tiene la seguridad de que los prisioneros conservaran la vida largo tiempo, dados los signos de crueldad manifestados abundantemente por el arte.

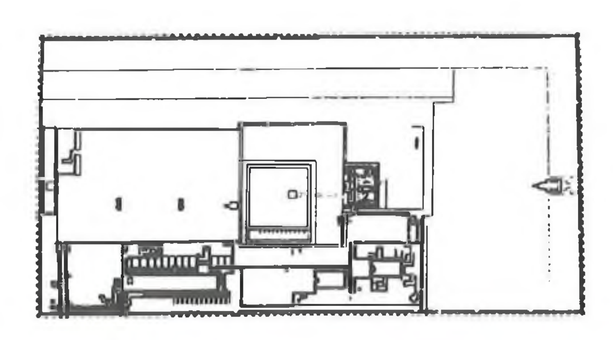
La demanda de materias nobles para trabajos de gran calidad tiene también su significación en las expediciones al Sinaí, que debieron ser frecuentes puesto que Snefrw pasó a la tradición como el iniciador de la ruta, lo cual no es cierto. Su nombre se veneraba posteriormente en la zona como el de un dios.

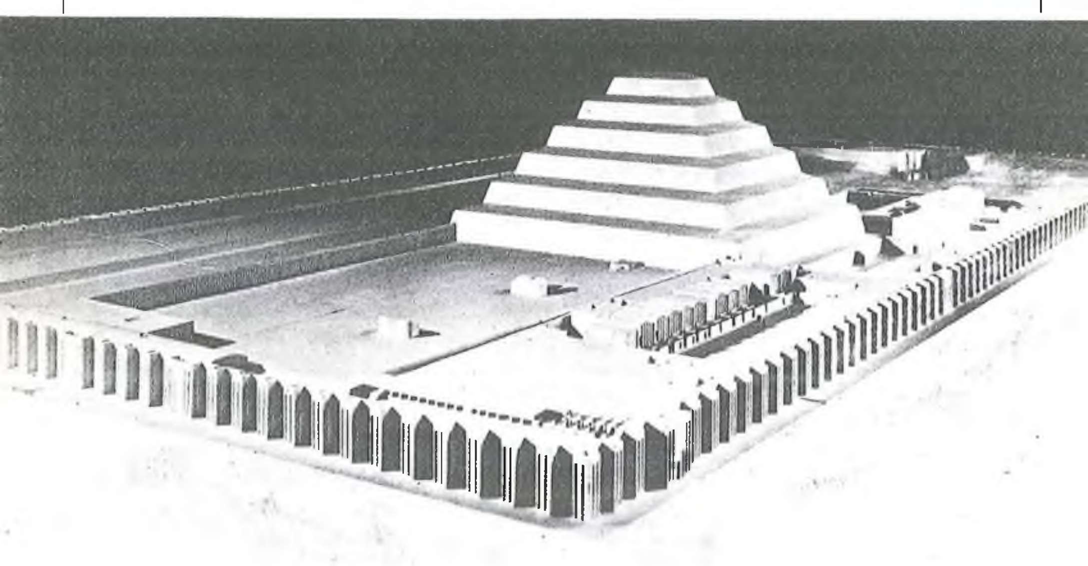
En uno de los años citados por la Piedra de Palermo se hace mención de treinta y cinco grandes fincas del rey. El testimonio hay que ponerlo en relación con la lista de propiedades que aparece inscrita en la pared de uno de los muros del templo funerario de Snefrw en Dahshur (Fakhry). La lista, aunque incompleta, permite conocer que el rey poseía a título personal cuatro o cinco fincas en cada nomo. Que estas tierras procedieran de confiscaciones o de tierras nuevas roturadas por orden del rey es algo que sólo puede conjeturarse. La importancia de estos datos para conocer la situación de la tierra en Egipto queda fuera de toda duda y su relación con otros testimonios se verá en breve.

El reinado de Snefrw dejó probablemente un recuerdo muy positivo en las tradiciones reales pues su persona aparece en producciones literarias muy posteriores, casi mil años, y su culto funerario seguía manteniéndose durante el Reino Medio. Posiblemente ambos hechos estén relacionados entre sí y con el mantenimiento de la productividad en alguna de las numerosas fincas propiedad de este rey. Ello sirve para constatar que el culto funerario se inscribe dentro de un conjunto de bienes muebles e inmuebles así como de campos en explotación con sus campesinos y animales correspondientes; de sacerdotes, administradores, escribas y sirvientes de todo tipo, que vivirán durante siglos por y para la producción de las fincas pertenecientes a lo que se viene en llamar «fundación funeraria».

Pero no todos los bienes y fincas propiedad del rey quedan como legado funerario, parte, sin duda la más cuantiosa, forma conjunto en la herencia real. Para el caso de Snefrw se conoce un testimonio concreto: la finca «El Alimento de Snefrw», situada en el nomo del Ory, debió ser heredada por su sucesor Keops, como parece probarlo una inscripción del Reino Medio que menciona la ciudad «El Alimento de Keops» (Montet). El hecho deviene en norma, el poblamiento se forma en el propio centro de trabajo, bien con campesinos trasladados o bien, aunque no puede atestiguarse con seguridad, empleando poblaciones limítrofes deportadas, lo que explicaría la presencia de nombres no egipcios en determinadas zonas.

El siguiente monarca es el hijo de Snefrw y Heteferes: el Horus Medjedw, rey Khenemukufw, más conocido por la versión griega, Kheops. Manetón le da sesenta y tres años de reinado, lo que en opinión de Gardiner no es de fiar, y el Papiro de Turín veintitrés lo que en sí mismo es un dato poco seguro si se tiene en cuenta que levantó el monumento en piedra más grande que la historia ha visto construir. Precisamente la envergadura de la obra ha hecho de su





Plano y modelo del recinto funerario del rey Djeser en Sakkarah (a y b)

constructor un personaje de leyenda, dentro incluso de la propia historia egipcia. El carácter de su aplastante masa parece pedir un constructor despiadado y ésta fue la herencia literaria que los egipcios del crepúsculo contaron a Herodoto. Sin embargo, nada hace pensar que Khememkhufw fuera más o menos déspota que cualquier rey de su tiempo.

Sobre su historia no hay documentación coetánea si se excluyen algunos renglones (pocos y en mal estado) de sus anales en el fragmento de El Cairo. Se limitan a constatar la crecida del Nilo, la construcción de dos estatuas del rey, una de oro, y la indicación de arrasar algo o a alguien, borrado en la piedra.

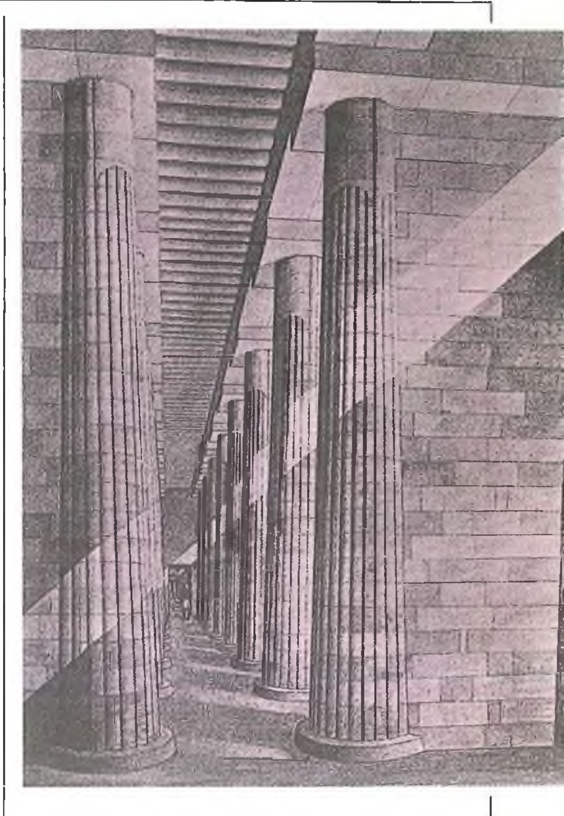
Durante su reinado fue saqueada la tumba de su madre, Heteferes, por lo cual hubo que trasladar el mobiliario funerario a un pozo (Reisner) en Giza, pero dado que el sarcófago estaba vacío y con los sellos de Khefrén intactos, hay que pensar que la momia, privada de sus joyas, fue probablemente destruida.

Y nada más puede decirse del constructor de la pirámide «El Horizonte

de Khufw», la más grande y la más perfecta también desde el punto de vista técnico (Edwards), salvo algo por sí solo evidente: tal obra implicó un alto grado de producción y organización del excedente, pero no necesariamente más que durante el reinado de su padre Snefrw, quien debió inmovilizar, indudablemente, mucha más mano de obra, tiempo y recursos en sus construcciones.

El siguiente monarca es el Horus Khepri, rey Djedefre (Didufri), a quien el Papiro de Turín atribuye ocho años de reinado. Se ha pensado que aunque hijo de Kheops no le correspondía la herencia real por no ser el primogénito, pero es evidente que sucedió a su padre porque su nombre se ha encontrado en los bloques de piedra que cerraban la cámara que contenía una de las barcas funerarias de Kheops. Ello hace pensar que se encargó de los funerales. En el Papiro Westcar, que contiene narraciones noveladas sobre los monarcas de la dinastía IV, se confirma su parentesco. Por alguna razón desconocida se hizo enterrar en Abu-Roash, algo al norte de Giza, en una pequeña pirámide rodeada de diversos monumentos. Esto, su corto reinado, y el hecho de que algunos documentos no lo citan, ha permitido elaborar ciertas conjeturas sobre luchas dinásticas tras la muerte de Kheops. Sea lo que fuere lo que ocurrió le sucede su hermano el Horus Userib, rey Khaefre, llamado tradicionalmente Khefrén. El Papiro de Turín presenta una laguna en lo que correspondería a sus años de reinado pero Manetón le adjudica sesenta y seis, lo que vuelve a parecer otro error manifiesto.

Khefrén retorna a la costumbre familiar construyendo la segunda pirámide de Giza, y aprovechando un resalte del terreno, lo que la hace aparecer casi igual a la de su padre (Lauer, Edwards). Khefrén es también el constructor de la Esfinge, aunque no han faltado autores que



Entrada y columnata al recinto funerario de Djeser en Sakkarah
Reconstrucción de P. Lauer

la han atribuido a Kheops (Montet). Por lo que hace al templo funerario, ya no una simple capilla, la impresionante austeridad de sus formas monolíticas dicen mucho del monarca que lo hizo construir, lo mismo que las estatuas que lo decoraban, como la de diorita, del Museo de El Cairo, que ejemplificará durante siglos el ideal de la antigua realeza egipcia.

Sobre los sucesores de Khefrén las fuentes históricas son todavía más parcas si cabe. La reconstrucción del final de la dinastía IV se basa en débiles indicios. Un grafito encontrado en una pared rocosa del Wadi Hammamat reproduce los nombres de Kheops, Djedefre, Khefrén, Hardjedefre y Baefre (o Rebaef), grabados durante la dinastía XII. Una tradi-

ción así mantenida y puesta por escrito es digna de tenerse en cuenta, pero como las listas de reyes del Reino Nuevo omiten los últimos nombres sólo es posible pensar que reinaron poco tiempo. El hecho a señalar es que la lista contiene realmente a un padre y a cuatro de sus hijos y teniendo en cuenta el papel representado en la historia del Antiguo Oriente por los harenes reales no es imposible suponer que, efectivamente, el final de esta dinastía se vio oscurecido por luchas por el poder que, como ya se apuntaba anteriormente, podían incluir el asesinato del primogénito.

El siguiente monarca conocido por las fuentes es el Horus Kakhet, rey Menkawre, Mencheres en Manetón, que le asigna sesenta y tres años de reinado. El Papiro o Canon de Turín le da dieciocho años, aunque el dato no es seguro por lo que Gardiner piensa en veintiocho. El nombre conocido por la tradición herodotea es el de Micerino, constructor de la tercera pirámide, que aunque más pequeña estaba destinada a ser más bella si se hubiera llevado a término el proyecto inicial de revestirla de granito rosa.

Menkawre era hijo de Khefrén y, probablemente, de una esposa secundaria, dado que se casa con su hermana, la primogénita de Khefrén, Kamerernebti, hija de la gran Esposa Real y, por lo tanto, heredera legal. Micerino continúa así la tradición de la dinastía para acceder al trono. El grupo escultórico del Museo de Boston representa a los dos esposos del mismo tamaño, iguales por lo tanto en dignidad (C. Desroches) y con la mirada en el infinito.

Tras Micerino se mantiene la oscuridad, las listas mencionan cuatro nombres pero el único legible, en la de Abydos, es el del rey Shepseskaf, Horus Shepseskhet, hijo de Micerino y a quien Manetón denomina Sebercheres. La Piedra de Palermo contiene algunos de sus hechos:

«El año primero, mes siete, día once. El rey del Alto y Bajo Egipto aparece. Unión de los dos Países. Hacer la vuelta del muro. Fiesta del ensalzamiento del rey. Traer al mundo las insignias de dos Ofois y de aquéllos que acompañan los dioses que reúnen los dos Países. En el terreno que está ante la zona inundable elegir el lugar de la pirámide «Shepseskaf está reavivado» (...) Nivel del Nilo: cuatro codos, tres palmos, dos dedos y medio».

Anales de Shepseskaf en la Piedra de Palermo
(Versión de Roccati)

Este fragmentado texto tiene, realmente, pocos datos de verdadero interés sobre los acontecimientos del reinado. Informa, sin embargo sobre determinados actos rituales como el de la coronación, similar al jubileo real o fiesta *sed*. Frases también rituales como «traer al mundo» cargan de sentido simbólico el hecho de construir o levantar estatuas, de los dioses o de los reyes, o la confección de cualquier otro objeto que esté cargado de contenido religioso.

Si se ha de hacer caso al Canon de Turín, Shepseskaf reinó cuatro años. Esto puede explicar que su tumba sea sensiblemente más reducida que la de sus predecesores en la dinastía, aunque no por ello deja de ser una enorme construcción con forma de sarcófago. Los recursos del reinado debieron de ser reducidos si se tiene en cuenta que se terminó con ladrillo, material barato, el conjunto funerario que Micerino había dejado inacabado.

Los investigadores no se ponen de acuerdo sobre el parentesco de los personajes aparecidos en los monumentos coetáneos y ello tiene enorme importancia para explicar el cambio de dinastía. Para unos, Shepseskaf se casó con Bunefer, hija de Micerino y la Gran Esposa Real Kamerernebti. Otros piensan, sin embargo, que la esposa de Shepseskaf fue la reina Khentkaus, hija también de Micerino. Verdad es que las dos hipótesis son compatibles y sobran ejemplos.

La reina Khentkaus edificó su tumba en Giza, lo cual la vincula de alguna manera, a la dinastía. Hay quienes opinan que como mujer de Shepseskaf fue también la madre de los dos sucesores de Userkaf, primer rey de la siguiente dinastía. Pero también es posible que existieran dos esposas reales de distinto rey con el mismo nombre (Stevenson Smith).

3. Quinta Dinastía

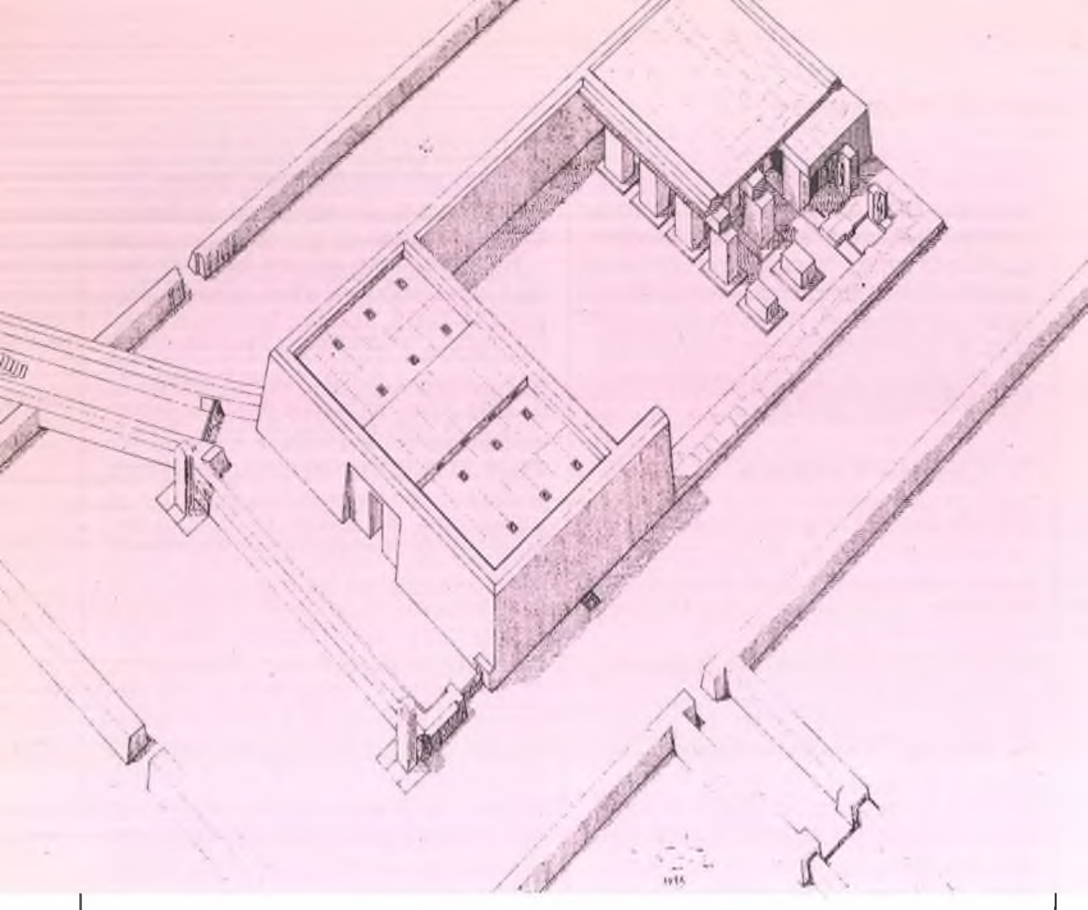
Uno de los cuentos del Papiro Wetscar hace descender a los tres primeros reyes de la dinastía de la mujer de un sacerdote de Heliópolis que los concibió por obra y gracia del mismo dios Re. De tal forma se explicaba, unos mil años después de los hechos, el auge de la religión solar durante esta dinastía. Leyenda fomentada desde el poder es posible que se transmitiera oralmente desde bien temprano aunque fuera puesta por escrito mucho después. La difusión de la religión de Re se había producido mucho antes puesto que ya en la dinastía anterior algunos faraones llevaron un nombre compuesto con Re. Desde luego hubo cambios en la teología real durante la presente dinastía, cambios que afectaron al comportamiento funerario de los reyes, y que es posible que estuvieran relacionados con la ruptura de la línea de primogenitura durante la dinastía IV junto con un crecimiento del poder económico y político del clero de Heliópolis.

La leyenda que presenta el cuento del Papiro Wetscar puede estar en relación con ciertos acontecimientos habidos en el cambio dinástico. Se alega (Grdseloff) que Userkaf pudo ser hijo de Neferhetepes —hija de Didufri— y de un príncipe sacerdote de Heliópolis. Primera vinculación con la leyenda.

Pero la importancia que pudo tener la reina Khentkaus, como reina madre y como reina gobernadora, al pasar a la leyenda, fue ocupado por Redjeded, mujer del sacerdote y madre real por intervención divina. Segundo punto de apoyo de la narración novelada.

El Horus Irimaat, rey Userkaf, parece que reinó siete años, según el Papiro de Turín, aunque Manetón le da veintiocho. La Piedra de Palermo cita tres censos, y dado que se hacían cada dos años se puede aceptar como más probable la primera cifra. El aspecto más interesante de sus anales (P.P.) son las donaciones de tierras a los dioses, Re sobre todo, aunque también se mencionan atribuciones de tierras a los «Espíritus de Heliópolis», segunda versión de lo mismo, a Horus y a la diosa Hathor. Estas donaciones de tierras, que irán creciendo durante esta dinastía y la siguiente, menguarán poco a poco el patrimonio real, lo que tendrá enormes consecuencias. Userkaf es el primer rey en dar ejemplo de los cambios antes mencionados. Su pirámide, en Sakkarah, es realmente reducida y pobre en materiales. Sin embargo edifica un templo al Sol de cierta complejidad. Se reduce por tanto el concepto divino del rey muerto y se eleva al dios solar muy por encima del rey vivo. Para Daumas se trató, simplemente, de ajustar a los hechos unas concepciones envejecidas. Era necesario vincular el trono, mediante el quinto epíteto, *sa re*, hijo de Re, al dios solar, creador del mundo. No faltan autores (Winter, Kaiser), sin embargo, que ven en los templos solares una edificación en honor del propio rey. De todas formas es interesante constatar que tal cambio de ideología podía ser consecuencia de un debilitamiento de imagen de la figura real.

El Horus Nebkhew, rey Sahure, a quien Manetón llama Sefres, sucede a Userkaf. Según Vercoutter era hijo de éste, lo cual invalidaría la tesis de Grdseloff antes mencionada o, en todo caso la haría incompatible en parte a cambio de aceptar una segun-



Templo del Valle de la pirámide de Snefrw en Dahshur
Dibujo del autor sobre original de A. Fakhry

da reina Khentkaus, mujer de Userkaf y madre de Sahure y Neferirkare. El Canon de Turín le adjudica doce años pero de la lectura de la Piedra de Palermo, teniendo en cuenta los censos que cita, se puede interpretar que reinó quince.

De este documento se extrae información sobre las donaciones de tierras situadas en diversos nomos, casi todos del Bajo Egipto, y hechas a diferentes dioses. Las referencias a las materias primas obtenidas en expediciones al país de Punt —en la costa de Somalia— y al Sinaí, de las que se cita incluso la cantidad, se pueden poner en relación con los relieves del complejo funerario en Abusir. Aunque muy destruidos dan a entender que el rey Sahure realizó una expedición contra los libios, cuyo príncipe fue tomado prisionero, e indican, asimismo, los animales capturados. Dado que de otros fragmentos de los relieves pueden deducirse las referencias al Sinaí se había pensado que el rey, efectivamente, atacó a los libios. Sin embargo, la aparición de relieves similares en monumentos de Niuserre y Pepi I plantea la duda de si no se trataba de imágenes y textos estereotipados copiados de algún monumento perdido de un rey anterior (Roccati), con lo cual carecerían de valor histórico. Queda el beneficio de la duda.

Neferirikare-Kakai, Horus Wserkhew es el hermano y sucesor de Sahure. Se ha supuesto que bajo su reinado se realizó la Piedra de Palermo, y por real orden se terminó con su muerte. Los años ahí recogidos su-

man once aunque Manetón le adjudica veinte. De todas formas no se explica cómo en diez años no pudo acabar su monumento funerario cuando ya en el primer año comienza su construcción. El resto de las informaciones recogidas en este extraordinario documento siguen la pauta ya marcada durante esta dinastía: donaciones de tierras a los dioses, junto con ofrendas de metales nobles, estatuas, apertura de canales para los templos y adjudicación de personal a los mismos. Se citan, además, los censos y la altura del Nilo. En los años diez y once aparece mencionado el santuario solar del rey, precisamente para el que se construye un canal alrededor y se levanta un muro que presumiblemente rodeaba el barco solar, y cita concretamente «en la esquina meridional del santuario solar Setibre». Este templo, sin embargo, no ha sido aún encontrado.

Y con este rey termina sus Anales la Piedra de Palermo. No será pues de extrañar que del resto de los faraones de la dinastía apenas se pueda decir algo más que su nombre.

El siguiente es Shepseskare-Isi, Horus Sekhemkhew que reinó siete años, según el Canon de Turín. Le sucede el Horus Neferkhew, rey Neferefre, a quien Manetón adjudica veinte años de reinado.

El Horus Setibetawi, rey Niwse re-Ini al cual Manetón, denominándolo Rathures, da cuarenta y cuatro años de gobierno frente a los once del Papiro de Turín, es el sucesor. De este monarca se ha conservado su templo solar, complejo evidentemente funerario puesto que en él se repite el esquema del templo del valle unido mediante una rampa al templo elevado, éste abierto, con un obelisco en su centro que se eleva sobre una base tronco-piramidal. Las ruinas del complejo funerario de Niwse re permiten conocer la estructura general de este tipo de construcciones. Se tiene noticia, por otra parte, de que este rey organizó una expedición al Sinaí.

Le sucede Menkawher, Horus Menkhew que debió reinar ocho años, según el Canon de Turín. A continua-



Pintura mural.
Ocas de Medum.
Tumba de Nefermaat
(Aprox. −2620)
Comienzos del reinado de Snefrw

ción Djedekarre-Isesi, Horus Djedekhew al que Manetón atribuye cuarenta y cuatro años de gobierno, aunque la referencia a su censo de ganado, número veinte en los archivos del templo de Kakai permite matizar que al menos treinta y nueve son seguros. Y finalmente el rey Wenis (Unas), Horus Wadjetawi, al que el Papiro de Turín da treinta años. Su importancia estriba en ser el constructor de la pirámide en la que aparecen por primera vez los «Textos de las Pirámides», vasta extensión de referencias religiosas e históricas transmitidas por tradición oral desde los remotos tiempos predinásticos y de los que es posible pensar que constituían libros sagrados para uso de los sacerdotes y que éstos leían en las ceremonias de enterramiento.

Con Unas ha terminado la quinta Dinastía. El desarrollo histórico, prácticamente desconocido, como se ha visto, no permite complementar las deducciones que los investigadores han efectuado sobre la evolución de la administración (Kanawati, Strudwick) que en buena parte descansan sobre el análisis de los nombres de cargos políticos y administrativos.

Del estudio de los cementerios los especialistas están de acuerdo en afirmar que se deduce un debilitamiento del poder del faraón o, lo que parece más exacto, de una atenuación de su disponibilidad de recursos. La nobleza y los altos cargos de la administración del Estado se ven beneficiados ahora, por concesión real, con enterramientos más próximos, en tamaño y complejidad, en decoración y riqueza, a las tumbas de los monarcas. De la lectura de los anales reales en la Piedra de Palermo se ha visto también el enorme incremento de las donaciones de bienes y tierras a los templos. Esto mermó considerablemente el patrimonio real, pero si se tiene en cuenta que los templos solares debieron ser construcciones realmente impresionantes, se puede comprender que los recursos de estos reyes siguieron siendo enormes, si nos sustraemos de la impresión que producen los monumentos de la dinastía IV.

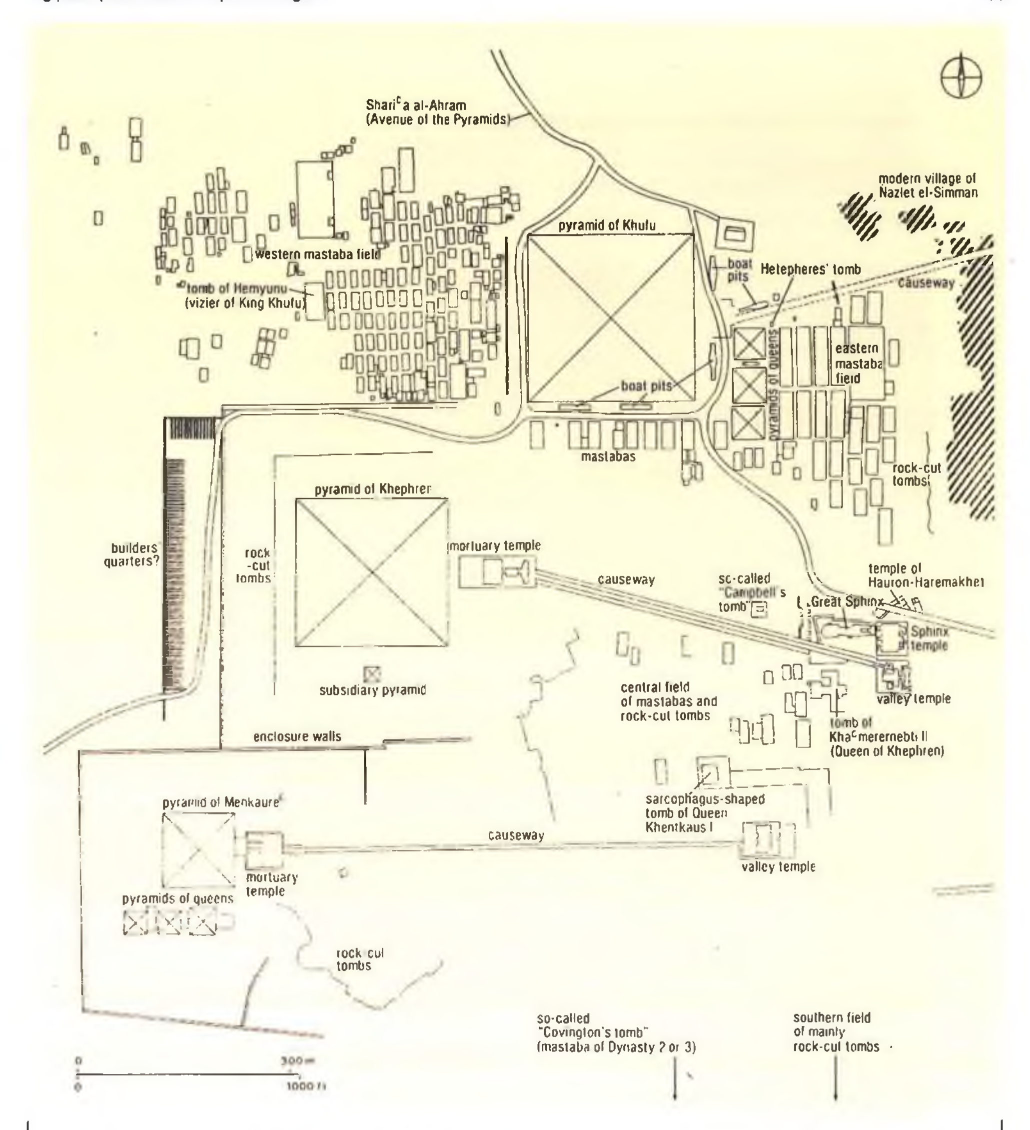
4. Sexta Dinastía

El paso de una dinastía a otra se produjo posiblemente sin ningún tipo de problema. Así parece desprenderse de la biografía de Kagemni, que había empezado su carrera con el rey Djedkarre-Isesi, siguió con Wenis (Unas) y llegó a visir con Teti (Strudwick).

El Horus Seheteptawi, rey Teti, a quien Manetón denomina Othoes debió reinar unos doce años. Esposó a una hija de Wenis, de nombre Ipwt, que será la madre de Pepi I y cuya tumba se encontró en Sakkarah. Del análisis de los cargos de sus altos funcionarios puede deducirse que llevó a cabo medidas para centralizar la administración de los nomos (Baer), especialmente en el sur del Alto Egipto, tal vez en relación con una posible evidencia de expedición a Nubia.

Debió de mantener relaciones con Biblos pues allí han aparecido vasijas con su nombre. Siguiendo con la costumbre ya establecida concedió exenciones tributarias al templo de Abydos. Sin duda murió prematuramente y hasta Manetón llegó la leyenda de que le habían matado sus propios servidores. Su tumba está también en Sakkarah.

En razón de su corta edad no sube al trono su hijo, el futuro Pepi I, por lo que debería haber quedado la viuda, Ipwt, como reina gobernadora. Pero no es así y en su lugar aparece en las listas del Reino Nuevo el nombre de Userkare, del que no se sabe nada, a lo sumo que puede ser identificado con el Ity que aparece en una inscripción del Wadi Hammamat. Allí, un funcionario deja constancia de su misión para buscar piedra con destino a la pirámide real, de la que

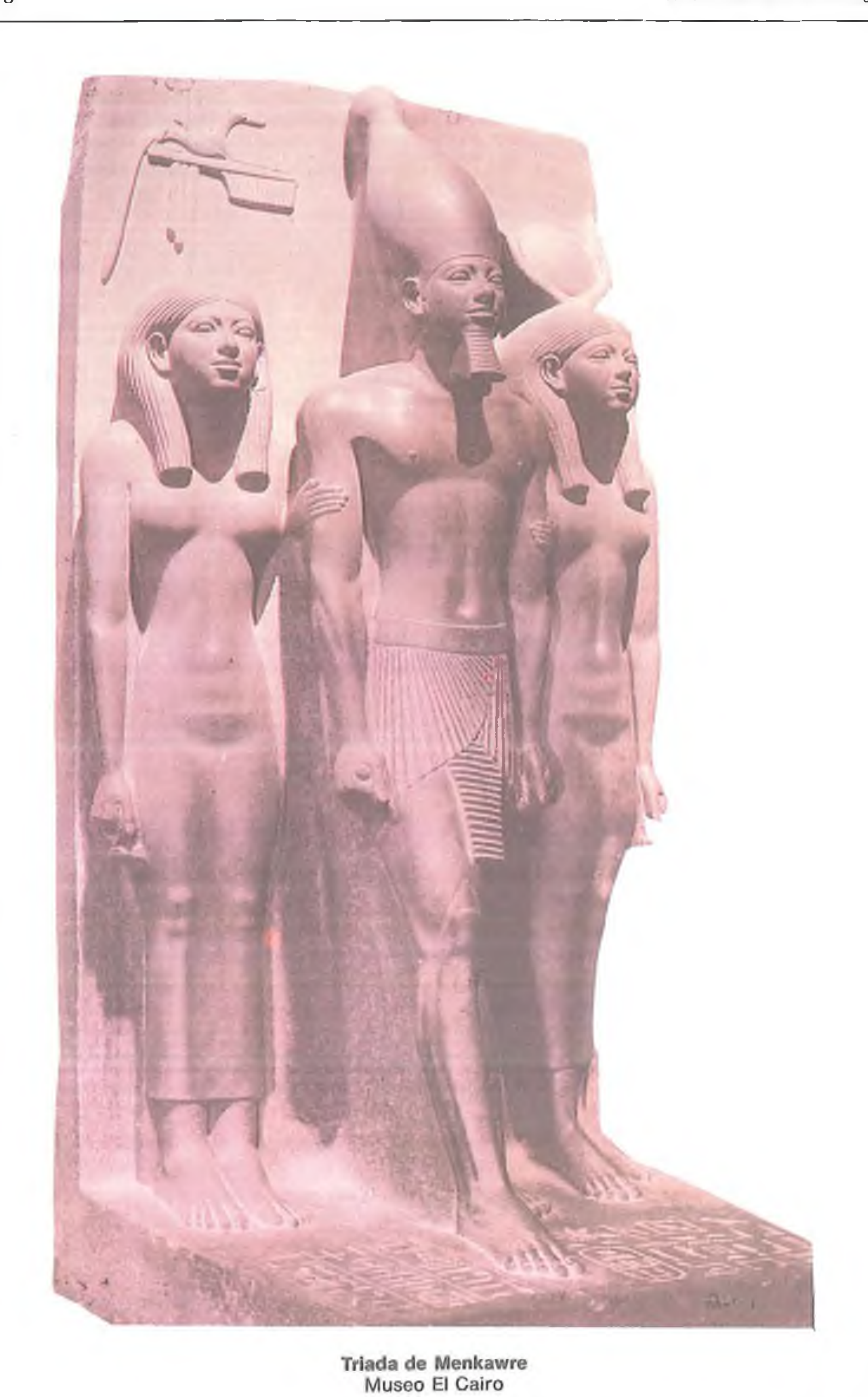


Plano de Giza y sección de las pirámides
(Según Baines-Málek)

da el nombre: «La Potencia de Ity».

Debido a la falta de información coetánea sobre este personaje puede pensarse que fue asociado al poder con la reina gobernadora, la madre de Pepi I, aunque no se sabe en calidad de qué.

El Horus Meritawi cuyo nombre de coronación fue primero Nefersaker y después Meri-re, de nombre personal Pepi, y al que Manetón llama Fíops, fue sin duda el último monarca importante del Reino Antiguo. Se ha sugerido (Kanawati) si el clero de Re pudo tener algo que ver con el cambio dinástico y puede plantearse si lo tuvo con el cambio de nombre del rey. El hecho puede ser significativo si se tiene en cuenta que su padre Teti no tenía ninguno de los nombres compuestos con Re y por contra aparece la figura de Userkare en el interregno entre padre e hijo. ¿No sería Userkare



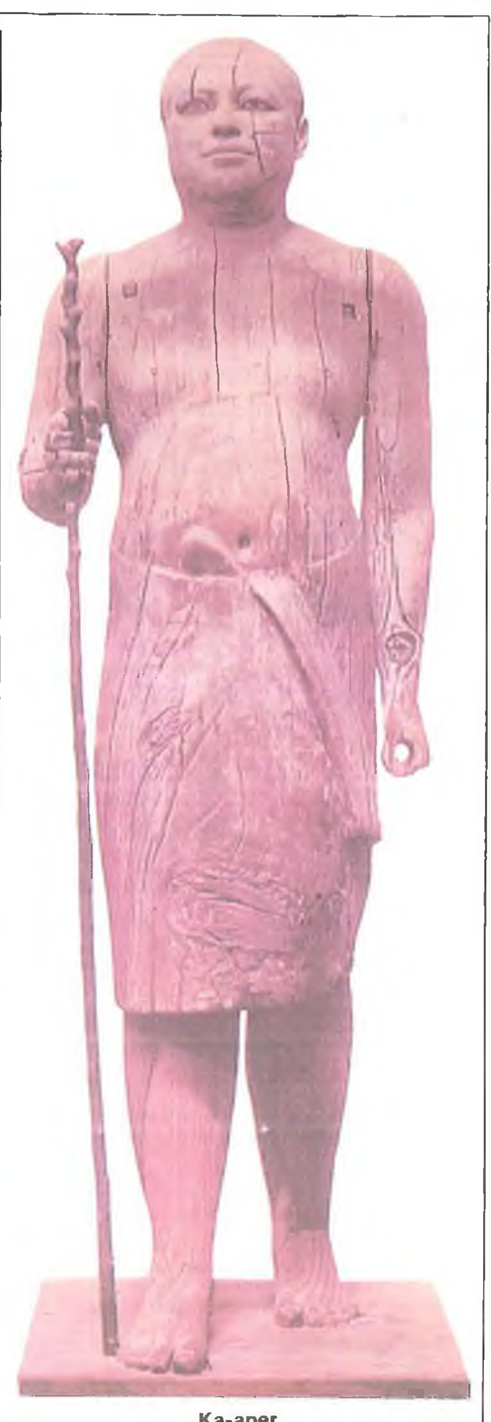
Triada de Menkawre
Museo El Cairo

mismo el Gran Sacerdote de Re, tal vez familiar real? Aunque no se puede contestar ni negativa ni afirmativamente a esta pregunta el hecho importante es que su planteamiento no resulta descabellado.

De Pepi I puede decirse algo más, aunque tampoco demasiado. Por una inscripción en la cantera de alabastro de Hetnub, que cita el veinticinco censo de ganado, se deduce que al menos reinó cuarenta y nueve años, lo que coincide prácticamente con la cifra dada por Manetón. Con ocasión de su fiesta *sed* mandó «emitir» una serie de copas de alabastro conmemorativas del hecho. Hay razones para suponer que este acontecimiento tuvo lugar en el año treinta de su reinado. Su nombre aparece inscrito en numerosos lugares y es cierto que desplegó una gran actividad. Durante su gobierno se efectúan cinco expediciones militares en Asia, bajo el mandato de un alto dignatario, Weni, que nos ha dejado su biografía escrita en las paredes de su tumba.

«Su Majestad rechazó a los Aamu que habitaban en la arena. Su Majestad reunió un ejército de muchas decenas de miles, procedentes de todo el Alto Egipto, desde el sur de Elefantina hasta el norte del nomo de Afroditópolis, y del Bajo Egipto, de las dos mitades del Dominio, de las fortalezas de Sedjer y de Khensedjeru; procedentes de los nubios de Irtjeb, de los nubios de Médja, de nubios de Yam, de nubios de Wawat, de nubios de Kaaw y libios de la tierra de Tjemeh. Su Majestad me envió a la cabeza de esta expedición, cuando los Príncipes, los Tesoreros del rey, los Amigos Unicos del Gran Dominio, cuando los Jefes y los Gobernadores de los Dominios del Alto y del Bajo Egipto, los Amigos Directores de Extranjeros, los Directores de los Profetas del Alto y Bajo Egipto, los Directores de la Administración, estaban a la cabeza de las tropas del Alto y del Bajo Egipto, de los Dominios y los Poblados que ellos gobernaban, de los nubios de estas regiones» (...)

(Versión de Roccati)

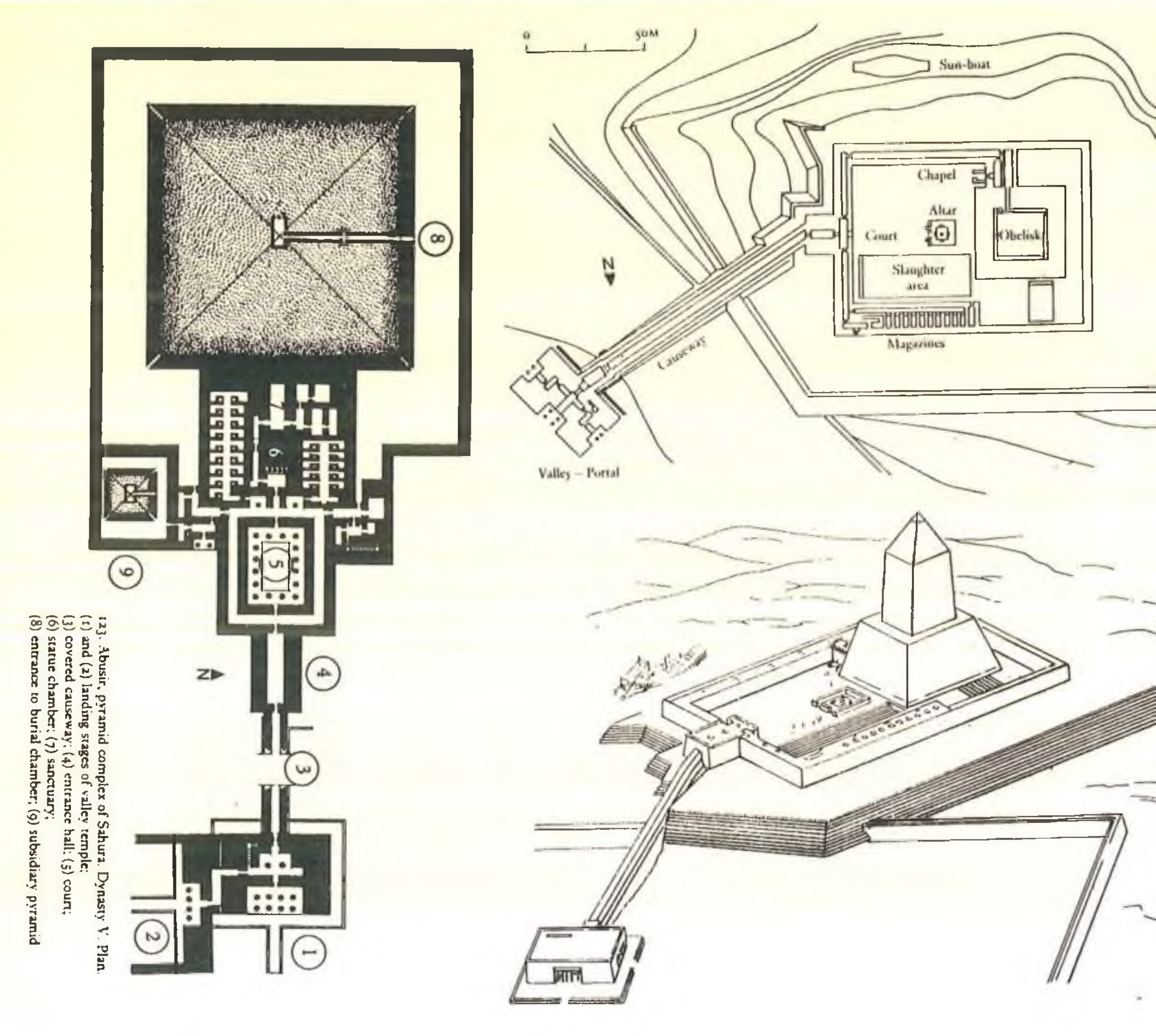


Ka-aper
Madera de sicomoro
Sakkarah
Reinado de Wserkaf

Sirva de ejemplo este fragmento de la larga biografía de Weni. Por lo que se desprende de su lectura completa, Weni fue el coordinador y general en jefe de la expedición y de las que se sucederán después. Aunque no se ha podido conocer con exactitud el alcance geográfico de estas expediciones puede pensarse que irían orientadas a pacificar las regiones «de los habitantes de la arena», es decir, genéricamente desde el Sinaí hasta Palestina Meridional.

Dedicó también Pepi I su atención a la región de Nubia. La presencia de contingentes de esta región entre las tropas reclutadas también lo apoya. Envió a Edfú a uno de sus hombres de confianza, Merinefer, con la misión de estudiar la expansión militar hacia el sur.

Aunque éstas son actividades de un gran organizador algo ha cambiado por dentro en Egipto. La pérdida de ciertos «valores» típicos de la realeza teocrática es ya un hecho. Un complot por parte de la reina favorita amenaza a Pepi I. Para juzgar a la



Templo solar de Sahwre en Abu-Guzob
Plano y reconstrucción
(Según Stevenson Smith)

123. Abusir, pyramid complex of Sahura. Dynasty V. Plan. (1) and (2) landing stages of valley temple; (3) covered causeway; (4) entrance hall; (5) court; (6) statue chamber; (7) sanctuary; (8) entrance to burial chamber; (9) subsidiary pyramid

culpable, cuyo nombre permanece desconocido, el faraón no confía ni en su visir ni en otros altos cargos del Estado. El único que es puesto en el secreto es el hombre de confianza, el mismo Weni, que lo incluyó en su biografía. Pepi esposa entonces, y sucesivamente, a dos hijas de un gobernador provincial llamado Khui. Serán las madres de Merenre y de Pepi II. La nobleza provincial, hecha hereditaria por concesión de los monarcas se emparenta con la familia reinante. El principio de la legitimidad divina del faraón se tambalea. Al mismo tiempo las exenciones tributarias continúan. Dos decretos (Sethe, Weill) reales eximen de impuestos y prestaciones a los templos de las pirámides de Snefrw en Dahsur y a la capilla de su madre en el templo de Min en Koptos:

1. En Dahsur: «Mi Majestad ha ordenado que se haga exanción de cualquier trabajo (al personal de la ciudad) de las dos pirámides, por orden de persona alguna, por toda la eternidad (...) Mi Majestad ha ordenado que ningún campesino de esta ciudad de las pirámides sea utilizado como trabajador al servicio de reina, príncipe o princesa algunos (...) Mi Majestad ha hecho esto para proteger la ciudad de las pirámides de estos abusos, para que se pueda realizar el culto, las ceremonias mensuales y todas las cosas divinas en favor del rey Snefrw en sus pirámides».

2. En Koptos: «(...) Mi Majestad ha ordenado que sea reservada esta capilla (...) Mi Majestad no permite que se imponga carga alguna descontada por la Corte a esta capilla funeraria.

Con estos fragmentos entresacados de los decretos reales de Pepi I, se ejemplifica el proceder de los reyes para labrar la ruina económica de la dinastía.

El sucesor, Merenre I Nemtiemzaf debió reinar poco tiempo, pero estuvo asociado al trono de su padre, seguramente en un intento de hacer el poder real más efectivo. Continuó la política de Pepi I en Nubia, y viajó a Elefantina para recibir el homenaje de los príncipes nubios. Se sabe que después mandó al monarca Iri y a su hijo Herkhuf, con la intención de abrir rutas comerciales, a la región nubia denominada Yam. El quinto año de reinado Merenre vuelve a Elefantina. Parece dar muestras de una política inteligente, por lo menos en la medida de lo posible. Por un lado favorece a la nobleza provincial pero también nombra a Weni, el que había sido hombre de confianza de su padre, «gobernador del sur», y le encarga diversas misiones a las canteras, cuya trascendencia no se comprende bien. La biografía de Weni, en su tumba, es la que nos informa de nuevo:

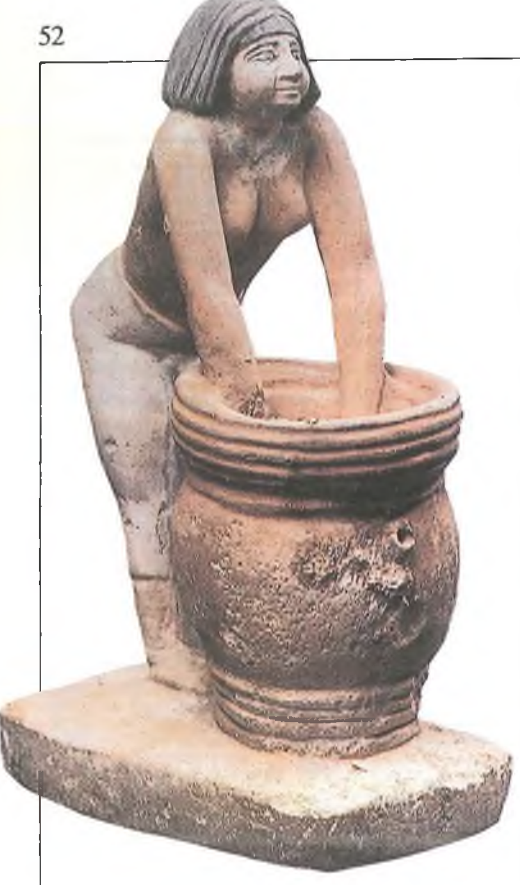
«Cuando yo era oficial del Gran Dominio, porta-sandalias, el rey del Alto y el Bajo Egipto, Merenre, mi señor, que vive eternamente, me nombra príncipe, director del Alto Egipto, del sur de Elefantina al norte del nomo de Afroditópolis (...)».

(Versión de Roccati)

Del análisis de lo que sigue se desprende que Weni hace rendir cuentas a los nomarcas del sur encargándose además de transportar los materiales para la tumba de Merenre.

A la muerte de éste último le sucede su hermano, el Horus Netjerikhew, rey Neferkare Pepi II. Manetón le atribuye noventa y cuatro años de reinado, aunque la única fecha comprobada es la del año sesenta y cinco; sin embargo se acepta generalmente que tuvo el reinado más largo de la historia.

De nuevo son las tumbas de los nobles las que nos informan de los acontecimientos. Realizó una expedición al Sinaí y en su segundo año, el rey debía tener ocho, Herkhuf le trae un enano danzarín. En la tumba de este personaje, con su biografía inscrita en las paredes, se encuentra la copia de la carta que el rey-niño dirige a su: «Amigo Unico, sacerdote-lector, director de extranjeros: Herkhuf (...) Tú has dicho en tu carta que tú

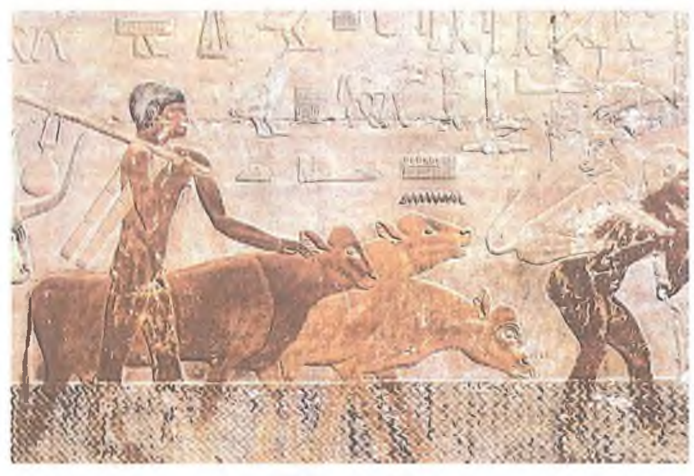


Cervecera
Calcárea pintada
Fin de la Dinastía V
Museo El Cairo

has traído un pigmeo *(dng)* del País de los Habitantes del Horizonte del Este para las danzas del dios» (...) El rey muestra su alegría y le ordena vigilar bien al enano, prometiéndole recompensas por su presente. Es inevitable formarse una determinada imagen de la monarquía bajo Pepi II.

Beduinos y nubios se sublevan, el rey mandó reprimir los revoltosos a uno de sus fieles: Pepinakht, cuya biografía relata los hechos. En posteriores levantamientos los nubios matan al nomarca de Elefantina y su hijo Sebni tiene que hacer una incursión en Nubia para rescatar el cuerpo. Sebni no descansa hasta lograr enterrar a su padre y su preocupación queda bien patente en el texto biográfico. Finalmente constata que «se me concedió un terreno de cuarenta y cuatro *aruras*, como sacerdote funerario de la pirámide «Nefercare posee la vida eterna», para recompensar a este servidor». Es decir, se le concede en usufructo un campo como pago de sus servicios en pro de la fundación funeraria de Pepi II.

El largo reinado de este faraón acaba en anarquía. Se produce un silencio en las fuentes sólo roto por la noticia de un rey Merenre II Nemtien-



Pintura mural.
Mastaba de Ti Kakkarah
Dinastía V

zaf a quien el Papiro de Turín da un año y un mes de reinado. La última mención corresponde a Nitiqerty, la Nitocris de la leyenda herodotea, ensalzada por Manetón, pero de la que no se tiene documentación alguna. La dinastía VI ha llegado a su fin y con ella Egipto entra en una fase de descomposición política de la que sólo saldrá por obra de una nueva unificación. Mil años han transcurrido desde que Nármer mandara esculpir su célebre paleta.

5. La sociedad durante el Reino Antiguo

La civilización creada durante el Reino Antiguo constituye el conjunto de tópicos que los egipcios de épocas posteriores considerarán canon de imitación obligado. Aparte de las añoranzas de pasados logros, rasgo común a tantos pueblos y épocas, en los dos mil años de cultura faraónica que se sucederán después los egipcios no dejaron de volver la vista atrás, tal vez por la mera razón de que la civilización del primer reino fue la cristalización de una larga infancia predinástica y, aunque, por otra parte, el período no puede ser considerado como una Edad de Oro en el desarrollo político, si es posible aceptar que significó la consolidación de una cultura como proceso de interacción entre el hombre y su medio.

El período no estuvo, sin embargo, exento de vicisitudes y resquebrajamientos políticos, secesiones, usurpaciones, guerras civiles, crisis alimentarias y luchas por el poder. Así lo pueden demostrar los escasos datos obtenidos a través del análisis arqueológico o las consideraciones que es posible efectuar sobre los cambios en la ideología religiosa. Y es aceptable pensar que estos problemas se dieron en mucha mayor medida que lo que los documentos históricos permiten suponer. Algunos de ellos pue-



Estatua de Merire-hachetet
Procedente de su tumba de Sedment
Museo El Cairo

den atisbarse en la literatura posterior al convertirse, deformados, en leyendas que los años y las intenciones emanadas del poder que las hizo difundir impiden valorar en su justo medio. La caída del Reino Antiguo y su disgregación política fueron un acicate más para fomentar la idea de un pasado glorioso y maravillosamente estable.

Para completar, aunque someramente, el cuadro de la sociedad hay que acudir a otro conjunto de documentos y servirse de ellos en la medida de lo posible. Papiros e inscripciones que aunque mutilados permiten una aproximación a ciertos aspectos de la sociedad egipcia y que llevan al investigador a la consideración de lo incalculable que puede llegar a ser el volumen del material que debían atesorar los archivos de templos y palacios.

Por lo que respecta a las inscripciones de particulares, ya se ha hecho mención de su utilidad por conocer títulos y cargos aparte de ciertos acontecimientos políticos en los que se vieron inmersos sus autores. Son personajes como Métjen, Kagemni, Weni, Herkhuf, etc. Por lo que respecta a los papiros hay que mencionar algunos de los más importantes. Los del templo de Neferirkare-Kakai, contemporáneos del reinado de Isesi, informan sobre el movimiento y la contabilidad de las mercancías que llegaban al templo y son de una minuciosidad y calidad extremas (Posener-Krieger). Los papiros de Gebelein que contienen datos sobre contabilidad de almacenes, cereales y sementera. Se fechan hacia finales de la dinastía V. Sobre temas análogos versan los papiros de Charuna, fechables a finales de la VI, o la IV conservados en el Museo de Turín, contemporáneos del reinado de Pepi II.

Otros documentos informan sobre problemas de administración local y relaciones personales, son los papiros de Elefantina que contienen fundamentalmente cartas relativas a la familia de los monarcas de esa región en los momentos finales del reino.

Pero todavía quedan muchos fragmentos de papiros así como restos arqueológicos muy diversos en muros y colecciones privadas que no han sido valorados suficientemente aunque no fuese lógico pensar que vayan a modificar substancialmente el cuadro general que la documentación ya clásica ha permitido perfilar.

En la sociedad egipcia, religión y razón de Estado se confunden en una misma intención política dado que la ideología del poder se fundamenta en la concepción divina del soberano. La mayoría de los investigadores está de acuerdo en señalar que el auge de la divinización coincide con la época de máximo esplendor en las construcciones, la época de las pirámides de la cuarta dinastía. Ello no quiere decir, sin embargo, que la conceptualización divina del monarca no se produzca en épocas posteriores. Antes al contrario, pero sí se puede afirmar que los documentos no son tan claros y evidentes. Después del Reino Antiguo no vuelve a utilizarse el epíteto de «Gran dios» referido al rey, más que muy raramente (Posener).

Si, como se afirma generalmente, los Textos de las Pirámides tienen una redacción definitiva en el apogeo del período tiene sentido aplicar a la cuarta dinastía el momento de máxima divinización de la figura real. Es en estos documentos, redactados a lo largo de siglos para ser usados en las ceremonias del funeral del monarca, en donde más alusiones se pueden encontrar sobre el carácter divino de la realeza. Sin embargo no dejan de presentarse contradicciones en los mismos aludidos textos al considerar el carácter mortal de la figura para la cual se invocan los conjuros. Esta cuestión, junto con las diversas advocaciones divinas del rey, como parte de la esencia de Horus, como Osiris

en la otra vida, no parece que produjeran excesivos problemas intelectuales a los egipcios. Resolvían estas consideraciones utilizando un vocabulario diferente para aplicar al monarca como tal y como individuo.

La titulatura real muestra al rey como hijo de Re a partir de la dinastía V, aunque ya habían aparecido nombres compuestos con Re en algunos reyes de la cuarta. Todo ello y la alusión en el cuento del Papiro Wetscar a la leyenda de los hijos del dios solar inclinan a relacionar esta filiación del monarca como algo que se gesta hacia finales de la cuarta dinastía y bajo la influencia del clero heliopolitano. La vieja conceptualización del rey como Horus presenta un carácter más antiguo, vinculado con un pasado tribal transmitido y plasmado en los momentos de gestación del Estado. La identificación conceptual del rey como Horus tiene su representación en la estatua del rey Khaefre hoy en el Museo de El Cairo pero que antaño ocupaba su sitio en el Templo del Valle de su pirámide. La severa austeridad de esta construcción tiene más de religioso que de artístico. Un arte concebido para la representatividad y en el que se da esa «búsqueda del efecto de poder» (Desroches) que a veces parece desdeñar la belleza al perseguir una utilidad funcional que potenciaba a la obra de arte y al artista como instrumentos de relanzamiento de la ideología dominante.

De lo anterior se desprende la importancia dada por los egipcios a la confección de estatuas reales, varias veces citadas en los anales contenidos en la Piedra de Palermo. La representación del rey-dios da vida al rey mismo como un don más de los demás dioses:

«Nosotros le damos toda vida que emana de nosotros; nosotros le damos toda dominación que emana de nosotros; nosotros haremos que celebre jubileos».

(Versión de Posener)

Así reza un relieve procedente de Heliópolis en el que la Eneada Heliopolitana se dirige al rey en tales términos que hace pensar que la divinidad del faraón lo es por concesión divina. De la misma manera en que se nos presenta al futuro monarca en el «Misterio de la Sucesión», documento que contiene el texto de la representación que tenía lugar en varios lugares de Egipto como actos previos a la coronación. Aunque el Papiro Dramático del Rameseum es de época posterior, la sintaxis y el vocabulario fechan el texto en el Reino Antiguo. Sin gran dificultad puede relacionarse este texto con la frase contenida en los Anales de Shepseskaf cuando indica: «fiesta del ensalzamiento del rey».

Como rey y como dios, respaldándolo, como al resto de los dioses, está Maat, concepto divinizado que hay que traducir por verdad y justicia en sentido absoluto. La Maat está presente en el ideal de vida de los dirigentes egipcios como algo imperturbable cuya transgresión debe ser castigada. Así lo recogen las «Enseñanzas de Ptahhotep», conjunto de máximas de tipo moralizante en las que ve un concepto estable e inmutable de la existencia. Se valora la sabiduría como un rasgo de ilustración y el bienestar como servicio al Estado, algo que puede conceptuarse como «individualismo reflexivo», en el seno de una filosofía acomodaticia.

La importancia de las «Enseñanzas de Ptahhotep» como testimonio de las ideas de la clase dirigente se vincula al cargo de vivir que ostentaron tanto el padre, autor del texto a lo que parece, como su hijo, destinatario del mismo, bajo los dos últimos reyes de la quinta dinastía.

Aunque las «Enseñanzas de Ptahhotep» están, posiblemente, en la misma línea que las de Imhotep, perdidas, y las de Hergedef y Kaghemni, muy fragmentarias por otra parte, es difícil sustraerse a la impresión de

que el texto del visir Ptahhotep refleja ciertos «ideales» de la clase superior vistos con cierta nostalgia en un momento político en el que las riendas del poder no estaban sujetas con firmeza, como parece demostrar la reacción autoritaria del rey Teti.

La importancia del cargo de visir hace resaltar lo anteriormente expuesto. La palabra egipcia que lo designaba era *Tayty-zab-tjaty* pero no aparece hasta el reinado del faraón Snefrw, en la persona del visir Nefermaat. Su significado y sus atribuciones son importantes pero el hecho de no existir el cargo en las dinastías anteriores permite plantearse que el poder que conllevaba había sido detentado por funcionarios diferentes e indudablemente ello tiene un sentido que está en relación con la centralización del poder llevada a cabo por los fuzones de la dinastía III y que culmina con la construcción de las grandes Pirámides de Snefrw, Khufw, Khafre y Menkaure.

El título de Tayty-zab-tjaty va, generalmente, unido a otra serie de cargos en la línea de los más importantes. Pueden citarse como ejemplo algunos de los del mismo Ptahhotep, inscritos en la falsa puerta de su tumba en Sakkarah: «Amigo Unico, Superintendente de las Obras, Superintendente de todos los documentos escritos, Canciller del rey del Bajo Egipto, Superintendente del Doble Granero, Superintendente del Doble Tesoro, Superintendente de la Doble Oficina del Sello, Superintendente de la Doble Casa del Oro» (Strudwick).

Un cierto orden jerárquico se acepta para algunos de los títulos y cargos designados con los términos: *mer; Kherep; shedj; imy-khet*; en orden decreciente (Helck, Baer). No siempre todos los cargos importantes los ostenta la misma persona e incluso en algunos momentos hubo dos visires. Hay que añadir, además, que no había separación entre funcionarios civiles, militares y eclesiásticos.

En un principio no existiría una burocracia compleja y su organización tendría seguramente características familiares porque todavía en la cuarta dinastía los visires son los hijos de los reyes no destinados a sucederles. Durante la cuarta y la quinta dinastía el visir es también el portador del sello, pero no así en la sexta. También hasta la sexta hubo un solo Gobernador del Alto Egipto.

Antes que apareciera el título que se traduce por visir existía el «Supervisor de las Grandes Obras del Rey», título que, por ejemplo, llevó Imhotep, el gran arquitecto de Djeser, al que sólo en época tardía se le menciona como visir.

A los cargos más altos de la Administración, como Superintendente de las Grandes Casas, Supervisor de los Escribas de los Documentos del Rey, Supervisor de las Grandes Obras, Superintendente de los Graneros, Superintendente de los Tesoros y Visir, por ejemplo, se unían otro conjunto de cargos y títulos cuya función no está demasiado clara, como el caso de los Amigos Unicos, que se concedía a los que servían bien al rey en puestos importantes, pero que a veces desempeñaban misiones especiales sin un cargo determinado que los designara. Tal es el caso de Weni que desde su pequeño puesto de funcionario con Teti asciende a gran personaje del Estado y Amigo Unico con Pepi I, desempeñando funciones de Juez Supremo, Gobernador del Sur, Intendente General, General en Jefe de expediciones militares y resolviendo gestiones que pertenecían a contextos muy diferentes como son la Justicia, el Ejército, las Obras Públicas, el Interior y la Marina Mercante (Montet).

Esta diversidad de funciones de que gozaron los altos cargos, conocidos por las autobiografías de los personajes inscritos en sus tumbas, no parece darse en funcionarios de escala me-

nor, como militares profesionales que se ocuparon, eso sí, de expediciones tanto en tierra como naúticas. Un «canciller del dios (dios-rey)», el más alto cargo de la marina es también «general» de ejércitos en tierra y un «jefe de auxiliares nubios» puede ser también «capitán de navío» (Chevereau). Se conocen más de un centenar de nombres de oficiales del ejército que cubrieron puestos tanto en tierra como en barcos, muchos de ellos hijos y padres de gentes de la profesión. La mayoría de ellos vivieron bajo la quinta y la sexta dinastía. En el estado actual del conocimiento sobre la materia es difícil plantearse si este conjunto de individuos constituía un grupo suficientemente numeroso para poder clasificarlos como clase media. Es evidente que ellos, como el nutrido número de servidores adscrito a templos y palacios, eran la base de la clase poderosa, pero ante el total desconocimiento de la clase campesina, y sin una base firme para establecer porcentajes relativos, cualquier consideración en este sentido,

El enano Seneb, «Jefe del ropero del rey», y su familia
Comienzos Dinastía V
Museo El Cairo



aunque interesante, carece de apoyo firme para presentarse como tesis.

Al conjunto de elementos humanos que formaban la administración del Estado hay que añadir el derivado de la administración nomarcal. Al igual que sus correspondientes en la administración central también los cargos nomarcales iban acompañados del ejercicio de funciones sacerdotales, pero sin una correspondencia determinada.

Por lo que se conoce de documentación posterior los nomos durante el Reino Antiguo eran veintidós para el Alto Egipto y un número no inferior a quince o dieciséis para el Bajo Egipto, cuyo territorio no estaba totalmente organizado y hay que pensar que subsistían amplias zonas pantanosas. Mientras se conocen bien los nomos del Alto Egipto, que en todos los documentos se enumeraban en el mismo orden, no pasa lo mismo con los del Bajo, algunos de cuyos nombres cambian, hechos que Montet adjudica a errores en las propias fuentes pero que hay que pensar que pudo deberse también a reorganización en base a roturación de nuevas tierras del Delta.

Se desconoce bastante lo que rodea a la organización nomarcal, al rango de sus funcionarios y al escalafón de los mismos, aunque se aprecia una evolución significativa desde la dinastía III a la VI. En principio los cargos relativos al gobierno local eran cubiertos directamente por el rey a base de sus más allegados y favoritos. En principio parece que el cargo nomarcal recordaba su misión esencial «encargado de los canales», pero luego es notorio que le acompañan títulos que implican control del territorio (Vandier). Da la impresión que los cargos relativos al gobierno local o comarcal entrecruzaban sus funciones. No puede concretarse exactamente el campo propio de títulos como: «príncipe del nomo», «gobernador del país», «jefe del distrito».

Durante las dinastías V y VI, los cargos caen en el seno de grandes familias que los mantienen hereditarios durante generaciones. Se crea así una «nobleza» local frente a la «nobleza nacional», y la independencia del poder nomarcal se convertirá en un factor de descentralización política.

Para hacer funcionar esta gran masa de recursos humanos, tanto la administración central como la local, era necesaria la movilización de enormes cantidades de productos, tanto materias primas como elaborados. En una sociedad en que no existe la moneda todo se paga con productos naturales, con objetos artísticos, con favores y títulos, pero también entregando en usufructo al funcionario tierras en explotación. Pero esto, probablemente, en dosis mínimas.

El proceso de donación de tierras siguió varios caminos diferentes: entrega a los templos, a las fundaciones funerarias de los reyes, y a los grandes personajes como pago de servicios; la documentación sobre el último caso es escasa y a veces plantea dudas. Finalmente hay que destacar las propiedades reales adscritas a la persona del faraón reinante. Indudablemente servían para mantener tanto el trono como a la familia reinante.

Los tributos a lo largo de todo el país, preciosamente calculados mediante la medida de las crecidas, tendrían dos apartados fundamentales: la parte que servía para mantener el funcionamiento de la administración local más la parte que revirtiera en la administración central. Ello sin dejar de considerar los casos de excepción en que fuera necesario recaudar a todas las explotaciones del país con carácter extraordinario; de ahí los famosos decretos de exención, indudablemente incumplidos. Hay que no olvidar las prestaciones obligatorias en fuerza de trabajo, destinados tanto a Obras Públicas como a monumentos para resaltar la realeza divina.

Pero dado que el campesino, los animales y los instrumentos de balanza están adscritos a la tierra, se plantea el hecho fundamental que convierte al tema de la propiedad del suelo en el eje central sobre el que gira la comprensión de todo el fenómeno social egipcio.

La Fundación Funeraria de los reyes implica colegios de sacerdotes, a veces con existencia continuada durante cientos de años, tierras en explotación para mantener a todo el personal, sacerdotal y administrativo, servil y campesino, que pertenece el complejo. Análogo sucede con los templos de los innumerables dioses, aunque sólo unos pocos fueron económicamente fuertes. Idénticamente ocurre con las fincas adscritas a palacios o a personas reales. De la misma manera hay que considerar a las ciudades correspondientes a las pirámides, en las que los artesanos residen y trabajan decenas o centenares de años. Las tierras se reagrupan o se redistribuyen, así nos lo presenta la inscripción de Métjen, funcionario del rey Snefrw, que organiza fincas para el rey, y que parece mantener otras en explotación como herencia familiar. Su inscripción biográfica, en su tumba de Sakkarah, ha sido muy estudiada y los investigadores no se ponen de acuerdo sobre las implicaciones que su lectura indica sobre la existencia o no de la propiedad privada. Sin embargo el investigador B. Menu es tajante en el análisis del problema: «1.º: En Egipto no existía noción de propiedad privada e individual. 2.º: En todas las épocas de la historia faraónica la utilización del suelo procede de «delegaciones en cadena». 3.º: La propiedad eminente de las tierras pertenece al faraón en una evolución natural desde el Reino Antiguo hasta la dinastía XIX» (Menu).

Estas consideraciones adquieren su justo valor ante el hecho de que no existe ningún testimonio ni de venta ni de alquiler de tierras. La atribución del concepto de compra que se ha pretendido ver en una parte del texto de Métjen no es sino producto de una traducción incorrecta. Queda simplemente pendiente el problema de la herencia.

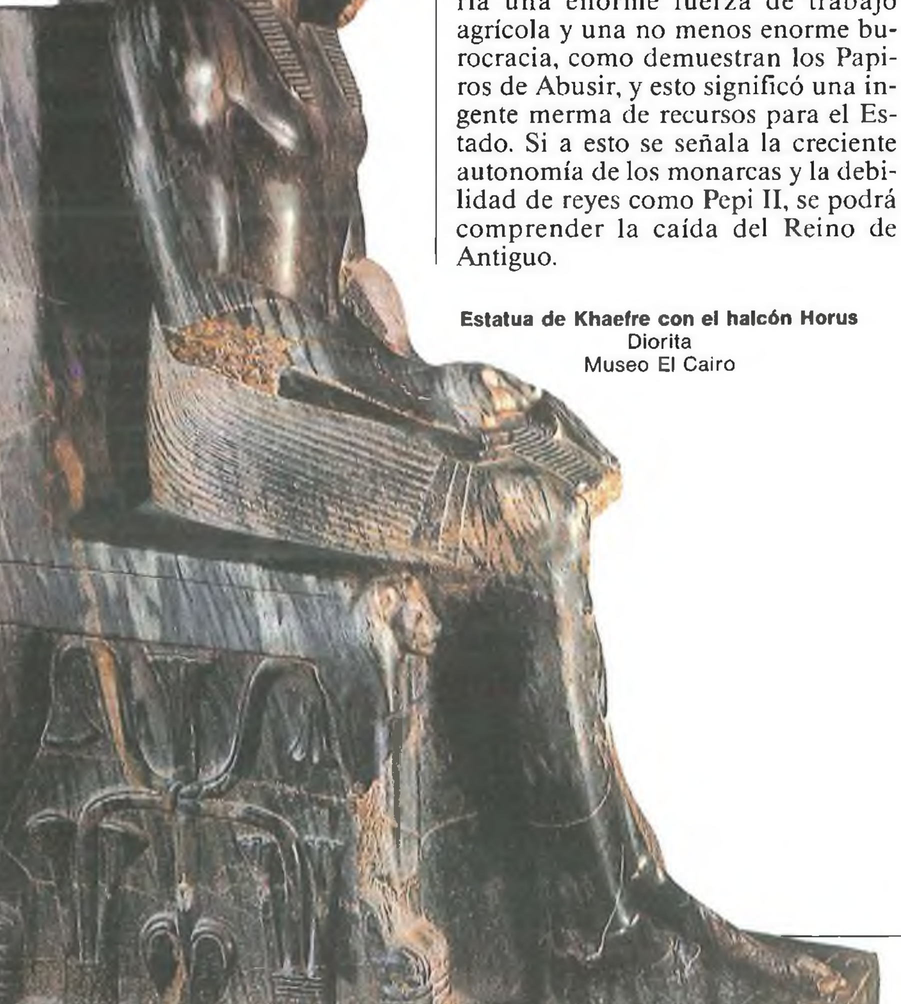
En primer lugar hay que indicar a los entusiastas de la propiedad privada que los testimonios cuya interpretación se discute son escasísimos incluso dentro de la clase dirigente, y por cierto en la cúspide de dicha clase. En segundo lugar, se hace necesario precisar que la delegacoín o concesión de usufructo persigue a veces el mismo fin que los decretos de exención, y es que se respete por las autoridades de reinados posteriores. Y si se puede comprobar para las fundaciones reales que no se respetaron sus privilegios de impunidad, ¿qué puede pensarse para aquellos casos de particulares, por muy importantes que fueran sus familias en un momento dado? Es evidente que el faraón reinante disponía del país con la autoridad y disposición que le permitía la vieja concepción tribal del suelo como algo explotado por la comunidad, y cuya organización está adjudicada al jefe.

A pesar de lo expuesto hay que añadir algo que parece contradictorio. Existe la pequeña propiedad funeraria; lugar y tumba regalados voluntariamente por el monarca a sus amigos y favoritos. Dicha propiedad era generalmente visitada por generaciones de familiares. Pero esto no puede ser utilizado como argumento de herencia. Y los endebles indicios de una propiedad testada quedan al arbitrio de la voluntad del rey donante que cuando otorga un privilegio suele indicar el número de generaciones a las que permite traspasarlo.

Hay que insistir, sin embargo, en que la información sobre estos problemas está restringida a la parte más encumbrada de la clase dirigente, y que la práctica de ciertos privilegios no debe permitir hacer extensivas al

resto de la sociedad costumbres e instituciones de los que no se tiene otra noticia. Todo parece indicar, además, que la propiedad funeraria lo era solamente del difunto, no de su familia, como queda claro por el hecho, testificado más adelante, de que si el hijo deseaba ser enterrado con el padre lo solicitaba directamente al faraón. La tumba era una concesión en vida que se hacía en razón de una escala de valores en los cuales la rica y ornamentada construcción es un premio al mérito desarrollado en el ejercicio de la carrera del funcionario.

Estas construcciones se hacían en la linde del desierto, fuera del territorio inundable. A partir de la quinta dinastía se hacen más frecuentes y muy posiblemente costeadas por la organización central de palacio. No puede pensarse que mermaran considerablemente los recursos de los reyes pero sí deben de tenerse en cuenta como un factor más, unido a las ya indicadas concesiones de tierras a los templos y a las fundaciones funerarias reales. El funcionamiento de estos complejos en explotación requería una enorme fuerza de trabajo agrícola y una no menos enorme burocracia, como demuestran los Papiros de Abusir, y esto significó una ingente merma de recursos para el Estado. Si a esto se señala la creciente autonomía de los monarcas y la debilidad de reyes como Pepi II, se podrá comprender la caída del Reino de Antiguo.



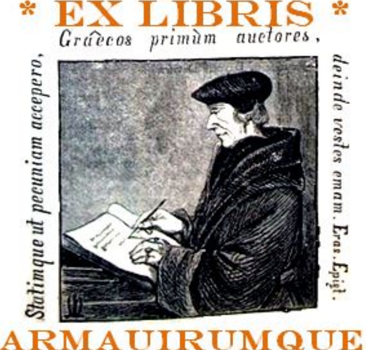
Estatua de Khaefre con el halcón Horus
Diorita
Museo El Cairo

Cronología y lista de reyes

H: nombre de Horus. N: nombre nebty. C: nombre coronación. P: nombre personal. (Ver *The Cambridge Ancient History* I, 2.º, 2.ª ed., Cambridge, 1971; *Lexikon der Ägyptologie*, III, art. Königsnamen).

Período	Reyes	Fechas
Período Predinástico		Aprox. 4500-3100
Primera Dinastía	H. Sereq (?) rey Escorpión H. Narmer (o Merinar) N. Men H. Aha N. Men H. Djer (o Edjo) N. Itety H. Wadji (o Djet) N. Iterty H. Udimu (o Den) N. Semty H. Adjib N. Merpebia H. Semerkhet N. Iryneter H. Qaa N. Senmu	Aprox. 3100-2890
Segunda Dinastía	H. Hetepsekhemuy N. Hetep H. Nebre (o Reneb) N. Nubnefer H. Ninutjer N. Ninutjer N. Weneg N. Senedj H. Sekhemit-Perenmaat (que cambia su nombre de Horus por un nombre de Seth: Peribsen) H. Khasekhem N. Hetepnebui-imiuief (que cambia su nombre de Horus por Khasekhemuy)	Aprox. 2890-2686
Tercera Dinastía	H. Sanakht N. Nebka H. Netjerikhet N. Djeser H. Sekhemkhet N. Djeser-Teti H. Khaba .... N. Huni	Aprox. 2686-2498
Cuarta Dinastía	H. Nebmaat N. Nebmaat P. Snefrw H. Medjew N. Medjedere P. Khenemwkwfw H. Kepry N. Kheperem P. Djedefre H. Wserib N. Wserem P. Khaefre Rey Hardjedefre (?) Rey Baefre (?) H. Kakhet N. Ka P. Menkawre H. Shepseskhet N. Shepses P. Shepseskaf	Aprox. 2613-2498
Quinta Dinastía	H. Irimaat N. Irimaat P. Wserkaf H. Nebkhew N. Nebkhew P. Sahwre H. Wserkhew N. Kheym P. Neferirikare-Kakay H. Sekhemkhew C-P. Shepseskare-Isi H. Neferkhew N. Neferem P. Neferefre H. Setibetawi N. Setib C-P. Niwsere-Ini H. Menkhew C. Menkhawher H. Djedekhaw N. Djedekhaw C. Djedekare P. Isesi H. Wadjetawi N. Wadjem P. Wenis	Aprox. 2494-2345
Sexta Dinastía	H. Seheteptawi N. Sehetep-hetep P. Teti Rey Wserkare H. Meritawi N. Merikhet C. Nefersaker Meri-re P. Pepi H. Akhekhaw N. Ankhekhaw C. Merenre P. Nemtiemzaf H. Netjerikhew N. Netjerikhew C. Neferkare P. Pepi Rey Merenre P. Nemtiemzaf Reina Nitiqerti	Aprox. 2345-2181

Bibliografía



Adams, W.Y.: «Invasion, diffusion, revolution?». *Antiquity,* 42, 1968, 194-215.

Aldred, C.: *Egypt to the end of the Old Kingdom.* Londres, 1965.

Arkell, A.J.: «Was King Scorpion Menes?». *Antiquity,* 37, 1963, 31-35.

Arkell, A.J. y Ucko, P.J.: «Review of Predynastic development in the Nile Valley.» *Curret anthropology,* 6, 1965, 145-166.

Avdiev, V.I.: *Historia económica y social del Antiguo Oriente. I. El Egipto faraónico.* Madrid, 1986.

Baer, K.: *Rank and Title in the Old Kingdom.* Chicago, 1960.

Beckerath, J. von.: «The date of the end of the Old Kingdom of Egypt.» *Journal Near Eastern Studies,* 21, 1962, 140-147.

Bongrani, L.: «Il rapporti fra l'Egitto, la Siria e il Sinai durante l'Antico Regne». *Orient Antiquus,* 2, 1963, 171-203.

Bresciani, E.: *Letteratura e poesía dell'Antico Egitto.* Torino, 1969.

Butzer, K.W.: *Early hydraulic civilization in Egypt: a study in cultural ecology.* Chicago, 1971.

Chevereau, P.M.: «Contribution à la prosopographie des cadres militaires de l'Ancien Empire et de la Première Periode Intermédiaire». *Revue D'Egyptologie,* 38, 1987, 13-48.

Debono, F.: «Prehistoire de la vallée du Nil» en *Histoire Générale de l'Afrique,* I Unesco-Stock, Paris, 1980.

Desroches Noblecourt, C.: *El arte egipcio.* Barcelona, 1967.

Desroches Noblecourt, C.: *La femme au temps des Pharaons.* París, 1986.

Donadoni, S. *Testi religiosi egizi.* Turín, 1970.

Drioton, E. y Vandier, J.: *L'Egypte. Des origines à la conquête d'Alexandre.* París, 6.ª ed., 1984.

Edward, I.E.S.: *The pyramide of Egypt.* Hormondsworth, 1961.

Edward, I.E.S.: «The Early Dynastic Period in Egypt.» *Cambridge Ancient History,* I, 2.º, 1-70.

Emery, W.B.: *Great tombs of the First Dinasty.* I, Cairo, 1949.

Emery, W.B.: *Archaic Egypt.* Harmondsworth, 1961.

Faulkner, R.O.: *The ancient Egyptian pyramid texts.* Oxford, 1969.

Fakhry, A.: *The monuments of Sneferu at Dashur. I. The Bent Pyramid.* Cairo, 1959.

Frankfort, H.: *Reyes y dioses.* Madrid, 1976.

Gabra, S.: *Les conseils de fonctionnaires dans l'Egypte pharaonique.* El Cairo, 1929.

Gardiner, A.H.: *Egypt of the pharaons.* Oxford, 1961.

Goedicke, H.: *Die privaten Rechtsinschriften aus dem Alten Reich.* Wien, 1970.

Hassan, F.A.: «Radiocarbon Chronology of Archair Egypt». *Journal Near Eastern Studies,* 39, 1980, 203-207.

Hayes, W.C.: «Royal decrees from the temple of Min at Coptus». *Journal Egyptian Archaeology,* 32, 1946, 3-23.

Hoffman, M.A.: *Egypt before the Pharaons.* Nueva York, 1979.

Hoffman, M.A.: «A rectangular Amratian house from Hierakonpolis». *Journal Near Eastern Studies,* 39, 1980, 119-137.

Jacques-Gordon, H.K.: *Les noms des domaines funéraires sous l'Ancien Empire égyptien.* El Cairo, 1962.

Jecquier, G.: *Tombeaux de particuliers contemporains de Pepi II.* El Cairo, 1929.

Kaiser, W.: «Stand und Probleme der ägyptische Vorgeschichtsforschung». *Zeitschrift fur Ägyptologische Sprache und Altertumskunde,* 81, 1956, 87-109.

Kaiser, W.: «Einige Bermerkungen zur ägyptische Frühzeit». *Zeitschrift fur Ägyptologische Sprache und Altertumskunde,* 91, 1964, 86-125.

Kanawati, N.: *Governmental reforms in Old Kingdom Egypt.* Warminster, 1980.

Kemp, B.J.: «Abydos and the royal tombs of the First Dynasty». *Journal Egyptian Archaeology,* 52, 1966, 13-22.

Lalouette, C.: *Textes sacrés et textes profanes de l'ancienne Egypte, I: Des Pharaons et des hommes.* París, 1984.

Lauer, J.-P.: «Sur l'âge et l'attribution possible de l'excavation monumentale de Zaouiêt el-Aryan». *Revue d'Egyptologie,* 14, 1962, 21-36.

Lauer, J.-P.: «Remarques sur la planification de la construction de la grande pyramide». *Bulletin de l'Institut Français d'Archeologie Orientale,* El Cairo, 73, 1973, 127-142.

Lichtheim, M.: *Ancient Egyptian literature: a look of readings. Vol. I: The Old and Middle Kingdoms.* Berkeley, 1973.

Lucas, A. y Harris, J.R.: *Ancient Egyptian materials and industries.* London, 1962.

Maragliolio, V. y Rinaldi, C.: «Considerazioni sulla cittá Dd-Snfrw». *Orientalia,* 40, 1971, 67-74.

Menu, B.: *Recherches sur l'Histoire juridique, economique et sociale de l'Ancienne Egypte.* Versailles, 1983.

Montet, P.: *Géographie de l'Egypte ancienne.* París, 1957-1961.

Parker, R.A.: *The calaendars of ancient Egipt.* Chicago, 1950.

Parlebas, J.: «La condition des paysans égyptiens à l'époque pharaonique», *Ktema,* 5, 1980, 131-136.

Pirenne, J.: *Histoire des institutions et du droit privé de l'ancienne Egypte.* Bruselas, 1932-35.

Porter, B. y Moss, R.L.B.: *Topographical bibliography of ancient Egyptian hieroglyphic texts, reliefs and paintings.* Oxford, 2.ª ed., 1972-87.

Posener, G.: *De la divinité du Pharaon.* París, 1960.

Posener-Krieger, P.: *Les archives du temple funéraire de Néferirkare-Ka Kaï, les papyrus d'Abousir; traduction et commentaire.* París-El Cairo, 1976.

Pritchard, J.B. (ed.): *Ancient Near Eastern texts relating to the Old Testament.* Princeton, 1964.

Reisner, G.A. y Smith, N.S.: *A history of the Giza necropolis.* Cambridge, Mass., 1955.

Roccati, A.: *La litterature historique sous l'Ancien Empire Egyptien.* París, 1982.

Saad, Z.Y.: *The excavations at Helwan.* Oklahoma, 1969.

Sethe, K.: *Urkunden des Alten Reiches.* Leipzig, 1933.

Simpson, W.K. (ed): *The literature of ancient Egypt.* New Haven, London, 1973.

Smith, W.S.: *The art and architecture of ancient Egypt.* Harmondsworth, 1958.

Vandier, J.: *Manuel d'archéologie égyptienne,* I-VI. París, 1952-1978.

Vandier, J.: *La religion égyptienne.* París, 1949.

Vercoutter, J.: *Egyptiens et préhellenes.* París, 1954.

Vercoutter, J.: «Invention et diffusion des métaux et dévelopment des systèmes sociaux jusqu'au V siécle avant notre ère» en *Histoire Génèrale de l'Afrique,* I. Unesco-Stock, París, 1980.

Weill, R.: *Les décrets royaux de l'Ancien Empire Egyptien.* París, 1912.